CASPA PARA TODOS

CASPA PARA TODOS

Redactores: JLM y JCJ. Nº22. Revista literaria sin nombre fijo ni contenido fijo que no se sabe si volverá a editarse.

EDITORIAL

¿Un título extraño? ¿Un tema extraño? Tal vez, aunque se trata, como diría nuestro querido Grogrenko, de un tema de "rabiosa" actualidad. ¿Qué más actual que el famoseo, ese constante destripar de personajes y asuntos, tanto trascendentes como banales?

Para empezar, marcando el terreno, nada mejor que una definición con tres acepciones. La de fama, según el diccionario de la Academia: 1.Noticia o voz común de algo. 2.Opinión que las gentes tienen de alguien. 3.Opinión que la gente tiene de la excelencia de alguien en su profesión o arte.

Breve y concreto. Confuso, al menos en las mentes de mucha gente, que mezcla los significados o, al menos, su valoración de los mismos. Para mucha gente lo único importante es la primera acepción: que la gente oiga hablar de uno. Mejor ser conocido para mal que no ser conocido en absoluto. Antes la vergüenza pública que la ignorancia.

Antiguamente se valoraban más las otras dos acepciones. La gente no buscaba la fama, el conocimiento per se, sino la buena fama, el llamado buen nombre. Si uno había de ser famoso, tenía que ser por méritos, nunca por deméritos que significaban deshonra.

Siempre ha habido tipos diferentes. Como aquél que quemó el templo de Artemisa para que su nombre fuera recordado (yo no recuerdo su nombre, ni recuerdo si el nombre es recordado en la bibliografía). Muy semejante al famoseo actual, aunque, claro, en otros tiempos aquel tipo era un ejemplo negativo, alguien a quien se le aplicaba un término bien distinto al de la fama, como es el de la infamia, tan olvidada en estos días carentes de pundonor o vergüenza. Hoy, sin embargo, muchos alaban al infame. Incluso los chiquillos sueñan con ser famosos al margen de sus méritos o talentos. Ir al Gran Hermano, cantar de pena como un triunfito más, poner a parir al vecino o a tu padre en un programa del corazón. ¿Vergonzante? A mí me lo parece, pero, ¿quién soy yo para juzgar?

El caso es que la caspa nos encanta. El ser humano, curioso por naturaleza, también tiene su punto cotilla y morboso. ¿Por qué, si no, se para la gente a observar a los accidentados o a desconocidos que discuten? La curiosidad (a la que habrá que dedicarle otro monográfico) parece una virtud, un motor de avance con su bandera la ciencia como mascarón de proa. Y, sin embargo, puede desvirtuarse y convertirse en simple cotilleo, tan denostado y ampliamente practicado.

No seamos ingenuos tampoco. Está claro que el impulso de saber de los demás, como seres sociales que somos, de admirar y envidiar, debe existir dentro de nosotros. También esa ansia enfermiza de notoriedad tendrá su origen en algún rincón de la esencia humana. Pero está claro que a todo esto se le añade el interés de unos cuantos, o unos muchos, para los que la morbosidad ajena es una fuente de dinero. El cotilleo es fuente de recursos para productores, presentadores, periodistas (me cuesta llamarlos así cuando se mueven en este mundillo), famosillos o "freakies" de andar por casa. El telecotilleo es un filón. Programas de dos duros que mueven millones. Las casposidades de concurso, los montajes públicos, las falsas noticias o el amarillismo, todos ellos son eficaces para lograr el objetivo único: las audiencias que significan dinero. A veces me pregunto a cuántas personas puede mantener la caspa. Con lo molesta que es cuando se desprende de nuestra cabeza y los demás la ven caer. ¡Qué extraños somos! Si nos la adornan adecuadamente, llega a parecernos admirable y la observamos fascinados, como si fuera una tierna nevada en una noche navideña.

De caspa hablaremos, pero no para bien. No es por afán de notoriedad o esnobismo. Se trata tan sólo de convertir la náusea que nos produce este mundo de pacotilla en algo productivo como la crítica, aunque en este caso sea principalmente destructiva.

ROMANCE DE FAMOSEO

Hoy te digo que te quiero
después de publicidad.
También te comeré a besos
al terminar de cobrar

y si tenemos delante
alguien que pueda grabar.
Venderemos exclusivas
de mentira y de verdad.
Nos harán mil entrevistas
quienes las puedan pagar.
Siempre les sonreiremos
aunque nos traten fatal.
Seremos los más felices
si sirve para ganar.
Cariñosos o irascibles
según las audiencias van.
Y tal vez nos separemos
cuando todo vaya mal
y ya no lluevan dineros
por nuestra melosidad.
Fingiremos las peleas
al grito de ¿quién da más?
Para así reconciliarnos
sin ninguna intimidad
en las portadas del "cuore"
o en tele de actualidad.
Vender interioridades
será nuestro capital.
Yo te quiero, tú lo sabes,
¿qué me importan los demás?
Saquemos dinero a espuertas,
exhibiendo nuestro hogar.
Demos caspa para todos
y ganemos el jornal.
Romance de famoseo
con don de oportunidad.

Antón Martín Pirulero

ALGUNOS TIPOS DE PERSONAS DIFÍCILES

EL ETERNO PROTESTÓN

Los protestones no son la gente con la que resulte más difícil congeniar. Son ese tipo de gente difícil que se las ingenia para encontrar fallos en todo, personas siempre disconformes, que se quejan hasta la saciedad de todo, desde lo frío que está el café, hasta el calor que hace. El mensaje disimulado tras todas estas quejas es que "alguien", normalmente usted, debería hacer algo al respecto. Con ellos no queda más remedio que apaciguarlos o ponerse a la defensiva, tanto si se ha hecho algo más como si no. No deben ser confundidos con quienes tienen una protesta justificada que hacer.

LOS MUDOS

Usted ha dicho o preguntado algo. Espera una respuesta razonable y pertinente. Lo que obtiene, sin embargo, es un sí o un no, quizás un gruñido, probablemente nada. Nunca responden, son personas que se quedan mudas cuando uno necesita una respuesta. Hay muchas variedades, no obstante todos aprendieron a responder por la serie de ventajas inmediatas que esto proporciona.

LOS HIPERCOMPLACIENTES

Siempre le cuentan a uno cosas agradables que escuchar, resultan problemáticos porque le hacen creer que están de acuerdo con sus planes y luego le fallan. Son extrovertidos, sociables, y tienen facilidad para trabar amistad. La carga con la que tienen que apechugar los hipercomplacientes es que su punto de equilibrio se ha inclinado tanto hacia un extremo que sienten la necesidad del aprecio, o al menos la aceptación constante de todo el mundo.

LOS AGUAFIESTAS

Son los negativistas, llegan a ejercer tal poder sobre los demás porque despiertan el potencial de desesperación que hay en cada uno de nosotros. Pero estos creen honradamente que las fuerzas que les cierran el paso escapan a su control y el de cualquier persona normal.

LOS BULLDOZERS

La conducta de estos tipos, tan duros tan arrolladores, como indica su nombre, es la de personas muy eficientes, concienzudas y precisas en sus cálculos que trazan planes adecuados

y cuidadosos y los ponen en práctica. Como se tienen por oráculos, no creen que haga mucha falta atender a los datos o conocimientos que proporcionan los demás. Responden a las opiniones divergentes con irritación, enfado, o negándose a prestar atención, las toman como ataques personales y no como, simplemente, otras interpretaciones de los hechos.

Petrita

EL REY ASESINADO

(drama en medio acto, es decir, casi inmediato)

PERSONAJES

Hammock: príncipe heredero
Honorato: soldado el rey y amigo de Hammock
Macario: soldado del rey
Olegaria: hija de Plutonio
Plutonio: consejero del rey
El Rey
La Reina
Los Periodistas

Escena 1

(*Nosenoser, capital del reino. Honorato acompaña a Hammock por la explanada del castillo)*

Honorato: Señor, no podéis seguir así. Tras la muerte de vuestro padre, todo el pueblo aguarda que vos lo sucedáis y ocupéis el trono en que ahora se sienta vuestro tío.

Hammock: ¡Ah, el rey! ¡El traidor! Él y mi madre fueron la causa de la muerte de mi padre. Porque no, no hubo muerte natural. No hubo enfermedad. No hubo tal sino envenenamiento. Pueden confundir al médico real, pueden engañar a Plutonio y a los consejeros. Pero no a mí.

Honorato: Alteza, ¿en qué os basáis para hacer tan funestas acusaciones?

Hammock: ¡Ah, mi buen Honorato! Mi ingenuo y confiado amigo. Tú, como yo, has oído lo que se dice, que mi padre falleció de una pulmonía contraída tras la marcha contra el enemigo. Pero eso no es cierto. Larga enfermedad la que se manifiesta seis años después de la última batalla. Los consejeros hacen oídos sordos a la verdad y llaman conjeturas a las pruebas, pero yo sé que mi padre fue envenenado. La muerte sutil le fue administrada por mi horrible madre al colocar bajo su regia nariz una vieja calza usada por mi tío, cuyo aire fétido secó el alma de mi noble antecesor. Y ahora mi tío es rey y cabeza de la patria. Y mi madre, viuda impía, se ha convertido en su consorte mientras yo me consumo en el deseo de justa venganza.

Honorato: Si lo que decís es cierto y el pueblo lo conoce, derrocará a este tirano para colocaros en su lugar.

Hammock: El pueblo es voluble y desmemoriado. Ya no recuerda los dones otorgados por mi padre. Mancilla su memoria hablando de la sangre derramada y los impuestos elevados sin parar mientes en que ellos fueron preludio y garante de la paz vivida en nuestro reino desde hace cinco meses.

Honorato: Sí, pero el trono os corresponde a voz y, si lo que decís es cierto, vuestro tío no sólo es un usurpador sino un asesino que merece la eterna condenación.

Hammock: Dices bien, Honorato. Es un asesino y un traidor. Aunque mil veces peor es mi madre. Lo lamentable es que el pueblo también es ingenuo y confiado como tú. Y admite la regencia de mi tío hasta mi mayoría de edad mientras ésta se retrasa aduciendo injustamente que no estoy preparado, que no sólo soy joven e inexperto sino además un perezoso, falto de carácter y vigor. ¿Cómo alzar al pueblo contra el usurpador?

Honorato: Alteza, yo, desde ahora, os juro fidelidad y os prometo que haré escuchar la verdad y buscaré pruebas del crimen cometido. No os desaniméis, perseverad y aguardad mi vuelta.

(Honorato se va)

Hammock:*(meditando en voz alta)* ¡Oh, mundo injusto y cruel!, ¡Oh, fidelísima desgracia! Cuán infame es la envidia, qué ignominiosa la traición. ¿Cómo puede el hombre matar al hermano? ¿Cómo la esposa

olvidar sus votos? ¡Oh, padre mío! *(alza los ojos al cielo y eleva el puño hacia él)* Yo te prometo hacer brillar la verdad y castigar a los culpables. La traición no ha de triunfar *(baja el brazo y se queda concentrado en sus pensamientos)* pero, ¿cómo hacerlo? ¿De dónde sacaré las fuerzas para tamaña empresa? ¡Ah, hados nefandos! ¡Oh, sempiternas dudas que me…!

(Hacen su entrada en tropel los paparazzi)

Paparazzi 1: ¿Qué opináis de los cambios en vuestra familia?

Paparazzi 2: ¿No es verdad que vuestra madre ha cambiado los tapices del castillo?

Paparazzi 3: Hemos oído que el Rey está irritado con vuestra actitud y que no está dispuesto a perdonar vuestras constantes juergas, ¿qué hay de cierto en ello?

Paparazzi 4: La casa real ha negado la autenticidad de las fotos pero, ¿no es verdad que mantenéis una relación con la ilustre Olegaria?

Hammock: *(para sí)* Maldición, ¡ellos otra vez! *(en voz alta y tratando de sonreír a la vez que se aleja hacia un lateral)* No voy a contestar a ninguna de sus preguntas. Será mejor que aguarden hasta la rueda de prensa oficial.

(sale del escenario mientras los paparazzi lo persiguen agobiándolo con sus preguntas)

Escena 2

(En los jardines privados tras el castillo. Hammock y Olegaria sentados en un banco y cogidos de la mano)

Hammock: ¡Joder, joder! ¡Vaya mierda de prensa rosa! *(recapacita y, avergonzado, carraspea y vuelve a empezar su parlamento)* Esto… No puedo soportar más esta situación, amada mía. El reino naufraga y los heraldos prestan oído a cada falsedad que se rumorea en los más oscuros mentideros.

Olegaria: ¡Oh, amor mío! Detén tus cuitas y alegra tu alma. ¿Qué puedo hacer yo por sanar ese maltrecho corazón que me es tan caro?

Hammock: No es en vos donde está el problema. Vos sois la luz y yo la sombra, vuestras palabras son bálsamo, vuestro contacto la paz y cada uno de vuestros besos una mariposa de felicidad que me alimenta. Pero yo no puedo ser feliz. Mi tío es el problema, mi madre es el problema, el mundo es el problema.

Olegaria: La sombra, dices, la sombra es la oscuridad que has dejado entrar en tu corazón. Debes sobreponerte a la muerte de tu padre. Fue una trágica enfermedad, un infortunio. Pero no ha de ser causa de tu ruina y de nuestro pesar.

Hammock: ¡Ingenua! Pobre flor de inocencia incapaz de doblez. La pena sempiterna e infinita se cierne sobre mí y sobre el reino. Fue la traición la que acabó con mi padre. Y quizá también termine conmigo. ¿Crees acaso que es otro el destino que esos negros cuervos tienen preparado para mí?

Olegaria: Pero tu madre te ama. Y tu tío respeta la memoria de su hermano tanto como a ti, su vástago y pilar del reino. Tú serás el futuro rey, y debes sobreponerte por ello a todo dolor.

Hammock: Que me aman, dices. Y dices mal, ¿Acaso me aman cuando me llaman pusilánime ante los consejeros todos? ¿Acaso me respetan cuando usurpan el trono y me sustraen el mando escudándose en mi poca edad y mi supuesta pereza? Me llaman gandul en público y en privado. Me regatean la mayoría de edad, cuando mi padre se alzó con el trono siendo diez años más joven que yo, sólo por seguir con la farsa de la regencia, por no sublevar al pueblo.

Olegaria: No te tortures, amor. No consientas que la bilis se apodere de tu pensamiento y de tu corazón…

Hammock: *(interrumpiéndola)* ¡Vago yo, pusilánime! Sólo porque mi sueño es más profundo y tenaz que el de la mayoría. ¡Ah, pero yo sabré sublevar al buen pueblo! Yo los conduciré hacia la libertad, hacia la justicia vengadora que limpie la memoria paterna y coloque en el trono al legítimo dueño. Yo…

(aparece una cuadrilla de paparazzi que interrumpe el soliloquio y las intrigas de Hammock)

Paparazzi 1: *(A sus compañeros)* ¡Esta es la prueba del romance que estábamos buscando!

Paparazzi 2: ¿Reconocéis, alteza, vuestro romance con la dama Olegaria o seguís manteniendo que se trata de una simple amistad?

Paparazzi 3: ¿Desde cuándo dura vuestra relación?

Paparazzi 2: ¿Qué opinan los reyes de este noviazgo?

Hammock: *(para sí)* ¡Pandilla de buitres carroñeros! *(a Olegaria)* Vayámonos de aquí, querida, no los soporto. *(y empiezan a salir)*

Paparazzi 1: ¿Se trata de un encuentro secreto o consentido por la reina, vuestra madre?

Hammock: *(corriendo casi, mira hacia atrás y, exhibiendo una sonrisa forzada, trata de sonar amable)* No hay nada, no hay nada. Dejad de inventar, por favor.

(Hammock y Olegaria abandonan la escena a la carrera y los paparazzi los persiguen)

Escena 3

(En la sala del trono. Tras la audiencia real, hablan el Rey y la Reina con Hammock en presencia de su consejero Plutonio y de Macario, que hace guardia)

La Reina: Hijo, debes cambiar tu actitud para con nos. Siempre irritado, siempre irascible y huraño.

El Rey: Sí, eso mismo.

La Reina: Nos te amamos, te cuidamos, deseamos lo mejor para ti.

El Rey: Tal cual dice tu madre.

La Reina: Un día has de ser el rey y debes prepararte para ello. No puedes, pues, persistir en tu pereza y tu indolencia.

Hammock: *(para sí)* ¡Yo perezoso! ¡Yo indolente! Estos son los bulos que mi madre extiende entre el vulgo. Ellos la causa de que se justifique su regencia.

La Reina: ¿Mascullas o bostezas, hijo mío?

Hammock: *(tratando de disimular)* ¡Oh, no, madre! Pienso, tan sólo pienso en tus acertadas palabras. Aunque opino que es mejor la indolencia que el exceso de acción o la violencia. Preferible la

indolencia a sentirse demasiado dolido o envidioso y morder la mano que nos alimentas.

La Reina: *(ignorando la pulla)* Bien dices, hijo nuestro. Pero la parálisis no resuelve los problemas ni fortalece cuerpo y mente.

El Rey: No, no lo hace.

La Reina: Y debes ser el espejo de virtud en que se mire nuestro pueblo.

Hammock: *(aparte, dirigiéndose a Macario que hace como que no oye)* Espejo de virtud, dice la asesina. *(volviéndose a su madre)* Aún ensombrece mi ánimo el recuerdo de mi padre.

Plutonio: *(tratando de contemporizar)* Es lógico, alteza, y muy loable el que recordéis a vuestro malhadado padre.

Hammock: *(a gritos y sin poderse contener)* ¿Malhadado? ¡Asesinado, diría yo! Por los monstruos que ahora tratan de inculcarme moralidad y temple.

La Reina: ¡Mal hijo! ¡Aberración condenada! ¿Cómo te atreves a insultarnos así? ¿A nos que todo lo hemos dado por ti?

El Rey: *(apoyándola más con el gesto que con la palabra)* ¡Todo, todo!

La Reina: Erres la víbora que ha crecido a mis pechos y ahora emponzoñas mi seno con tu veneno pútrido y corrupto.

Macario: *(nervioso)* ¡Altezas, llegan los periodistas para la audiencia!

La Reina: Disimulad, disimulad, por Dios.

Hammock: ¡Lo que nos faltaba! Pues no seré yo quien calle ante la plebe.

La Reina: Por tu madre que lo harás. Y por la memoria de tu padre.

El Rey: Mi hermano.

Plutonio: Callad todos, mil oídos atentos escuchan cualquier desliz.

(entran los paparazzi, con más calma y educación de la que acostumbran, sonrientes y amables)

Paparazzi 1: *(a la Reina)* ¡Qué hermosa estáis hoy, majestad! ¿Quién es el diseñador? ¿Regalo de vuestro esposo?

La Reina: ¡Oh, sí, gracias! Es de mi diseñador personal.

Paparazzi 2: ¿Es cierto que la familia ya no se lleva bien?

Paparazzi 3: ¿Hay algo de verdad en las especulaciones sobre las pérdidas de vuestro hijo en el juego?

Hammock: *(a Plutonio, mientras trata de sonreír)* Yo no lo soporto. Me voy de aquí.

La Reina: ¡Oh, falsos rumores! Estamos muy orgullosos de nuestro hijo.

Paparazzi 1: ¿Y qué opináis de sus continuos romances?

La Reina: Es joven.

El Rey: Muy joven.

La Reina: Está confuso y aún no ha superado la pérdida de su padre. Pero entrará en razón.

El Rey: En razón.

La Reina: Y se convertirá en un príncipe sensato y trabajador.

El Rey: Y obediente.

(Hammock, indignado, hace ademán de irse mientras Plutonio lo sujeta)

Hammock: ¡Cuánta hipocresía! Me voy *(y sale)*

La Reina: *(sonriente y feliz)* ¡Oh, es tan niño!

El Rey: Muy infantil.

La Reina: ¿Más preguntas? ¿Y qué ha sido de esas fotos?

(docenas de flashes deslumbran a los reyes mientras los paparazzi alzan la mano para preguntar)

Escena 4

(En el cuarto de Honorato. Hammock conspira contra su madre en presencia de Honorato, Macario, Plutonio y Olegaria)

Hammock: El reino ha de hundirse si seguimos así. El pueblo ruge. El enemigo acecha en la frontera y la soldadesca se dispone a sublevarse mientras mi madre derrocha el tesoro en viajes absurdos.

Honorato: Sí, algo ha de hacerse. Pero hemos de evitar ese caos que acecha y no avivarlo con nuestra torpeza.

Hammock: Bien, hablas, Honorato. Si el reino contase con más gente de tu valía, la república nunca habría llegado a cotas tan bajas.

Macario: Bajo bajo no sé si estamos hablando. Que las paredes tienen oídos y todos conducen hasta nuestra señora la Reina.

Plutonio: No sólo no se habla bajo sino que se habla de una conspiración. Cuando me avine a participar de vuestra reunión, pensaba que todos buscabais el bien público y ahora temo encontrarme entre traidores.

Hammock: ¿Traidores, dices? ¡Ah, Plutonio! Si no fuerais el padre de mi amada Olegaria, os haría tragar vuestras palabras haciéndolas lonchas con mi acero. Hablas de traidores cuando son los traidores, los asesinos los que se sientan al trono mientras se ríen de sus crímenes y del futuro del pueblo. Sólo piensan en divertirse y acumular riquezas, ¿es que no te das cuenta?

Macario: ¿No ha de darse? Lo que sucede es que hacen, meramente, lo que todos.

Honorato: *(a Macario, dándole un codazo)* Calla, infeliz, no hables de lo que no entiendes.

Macario: Callo, sí, pero porque entiendo demasiado.

Hammock: Es hora de callar, sí. Sobran las palabras y se requieren acción y valor.

Plutonio: Os precipitáis.

Hammock: Sí, hacia el abismo si no actuamos. ¿Estáis conmigo o contra mí?

(Plutonio parece asustado y guarda silencio pensativo)

Olegaria: Padre, vos sois un hombre de honor. No hagáis que me avergüence.

Honorato: De honor y que sirvió fielmente al Rey nuestro señor.

Hammock: Mi segundo padre, mi amigo, mi…

Plutonio: Basta, basta ya de lisonjas. El tema es complejo y delicado. Sé que la situación del país es grave, que la Reina es ambiciosa y el Rey un sansirolé, un sinsustancia entre sus manos.

Macario: *(para sí)* ¡Vaya, como si fuera el único por aquí!

Plutonio: La situación requiere acción, pero también meditación. Vos, mi Señor, aún sois joven e inexperto, voluble, irascible.

Macario: *(en susurros)* ¡Ahí, ahí le has dado!

Plutonio: No estás acostumbrado a la responsabilidad ni al gobierno.

Macario: *(con su soliloquio)* Y es vago como él solo.

Hammock: *(a Plutonio, de quien sigue pendiente)* Me ofendes.

Honorato: Y, aunque sea cierto, la inexperiencia tiene solución.

Olegaria: Y Hammock tiene la mejor disposición y la mejor voluntad.

Hammock: Y deseo contar con vuestro consejo y colaboración.

Plutonio: *(para sí)* Ya no suena tan mal la cosa, y este bobainas es el novio de la mema de mi niña.

Macario: *(a Honorato)* Este cae. Ya piensa en emparentar con la realeza.

Plutonio: Sea. Todo por la patria cueste lo que cueste.

Hammock: ¡Alabado seáis! Hora es ya de iniciar nuestros planes.

Macario: *(en alta voz)* ¡Eso, planes, acción y no más palabras!

Hammock: Aquí he traído un plano de palacio que incluye los pasadizos reales…

(golpean en la puerta y les interrumpen)

Honorato: ¡Voto a bríos! ¿Quién va?

Paparazzi 1: Venimos a hacer una entrevista al príncipe Hammock.

Hammock: Yo no he concedido entrevista alguna, rufianes.

Paparazzi 2: Son órdenes de vuestra madre.

Plutonio: *(en susurros)* ¡Rápido, escondámonos!

Hammock: Me encuentro mal, venid en otro momento.

Paparazzi 3: ¿No será que tenéis algo que esconder?

Paparazzi 1: ¿O a alguien?

Paparazzi 4: ¿No está la noble Olegaria en vuestros aposentos?

(los conspiradores huyen por una puerta lateral, todos menos Honorato)

Hammock: *(a Honorato en un murmullo)* ¿Quién les habrá dicho que estoy aquí? ¿Saben lo de Olegaria y Plutonio? *(Honorato se encoge de hombros y Hammock habla en voz alta)* Maledicencias. Sólo estoy con mi buen amigo Honorato.

(el referido Honorato abre la puerta y les franquea la entrada)

Hammock: Pasad, pasad. Pero sed breves , porque estoy cansado.

Paparazzi 2: ¿Tenéis algo que contarnos sobre vuestra relación con la noble Olegaria?

Paparazzi 3: Hay rumores en la corte acerca de vuestra inminente boda.

Paparazzi 1: Tras vuestro próximo viaje.

Hammock: *(confuso y para sí)* ¿Viaje? ¿Qué viaje? *(a los paparazzi)* Cuando tenga algo que comentar seréis los primeros en saberlo.

Paparazzi 4: ¿Es cierto que vuestra madre ya ha escogido el traje de la novia?

Hammock: *(para sí, apretando los dientes mientras trata de exhibir una sonrisa falsa)* Yo los mato, ¡juro por Dios que los mato!

Escena 5

(En los aposentos reales. Los conspiradores Hammock, Honorato y Macario se han introducido en el cuarto de la reina dispuestos a retenerla en ellos, dar su golpe de estado y que Hammock asuma el poder)

Hammock: ¡Ahí está, durmiendo sin remordimientos! Y su nuevo marido hace coro a sus ronquidos.

Honorato: No hagáis ruido, alteza. Hemos de atarlos y amordazarlos antes de que se despierte la guardia.

Hammock: Somos demasiado benévolos con ellos. Deberíamos asesinarlos como ellos hicieron con mi padre, colocarles bajo la nariz

un calcetín del bufón de la corte y contemplar cómo se asfixian entre inenarrables sufrimientos.

Honorato: No, alteza, eso no. Sería venganza y no justicia. Os colocaría a su nivel y vos no deseáis ser otro tirano más.

Macario: El mundo ya ha tenido demasiados. *(aparte y burlón)* Total uno más.

Reina: *(medio dormida y hablando en sueños)* ¡Ay, mi cosita! Quiero que volvamos a jugar.

Rey: *(respondiendo en sueños)* ¡A jugar, a jugar!

Reina: Ahora que el bobo de mi marido no está…*(una pausa, como si escuchara a un interlocutor imaginario)*…No, el otro ya murió y éste es aún más lerdo.

Rey: Lerdo, eso, eso.

Hammock: Obsérvalos, mi buen Honorato. ¿No merecen la muerte? Son seres deleznables que favorecerían al orbe todo si dejaran de existir. Pero no, no son acreedores de tal clemencia. Deben pagar en vida por todos mis sufrimientos. Tienes razón, amigo mío. El mundo ya ha tenido demasiados tiranos y yo sólo quiero favorecer a nuestro buen pueblo.

Macario: ¡Dios te oiga! *(aparte)* Y ojalá que no te confunda. Malos son los tiranos, pero peores los salvadores iluminados que hacen el mal pensando que favorecen al semejante.

Hammock: Míralos tú, Macario, roncando como benditos. ¿No les pesarán sus crímenes? ¿No les angustiará la idea de que la negra parca pueda pedirles cuentas por la muerte de mi padre?

Macario: No lo parece, no.

Hammock: Pero dejemos de hablar. El plan ya está trazado. Es la hora de la justicia. El momento de dar a la república el gobierno que se merece.

Macario: *(otra vez en murmullos y para sí)* Aunque esa intención fuera sincera y lograra llevarla a término, falta saber si alguien que ame este país desea para los suyos lo que bien se han ganado con su estupidez e indolencia.

Honorato: *(a Hammock)* ¡Ahora hablas como nuestro monarca!

Hammock: ¡Pronto, Honorato! Dame las cuerdas.

Honorato: Aquí las tenéis. *(y le da la mitad de los cordones)* Vos atad a vuestra madre, que sangre plebeya no ha de tocar los brazos de la reina, por malvada que sea, y yo ataré a vuestro inmundo tío, cuya sangre no merece respeto alguno.

Macario: Y eso que a mí la sangre, sobre todo si es la mía, siempre me infunde mucho respeto.

Honorato: Pero, ¿qué es esto? Escucho ruidos.

Hammock: Aprisa, amigos. La patria necesita que actuemos con celeridad.

(Hammock, torpemente, intenta anudar las muñecas de su madre, pero la Reina despierta asustada mientras voces y tumulto lejanos se hacen más próximos y sonoros)

Macario: Rápido, señores. Se acerca una turbamulta.

Hammock: ¿Será el pueblo en rebelión?

Reina: ¡Guardias, a mí!

Rey: *(que se despierta y se está desperezando)* ¡A ella, a ella!

Honorato: Nuestro plan está al descubierto.

Hammock: Matémoslos. Es ahora o nunca.

Macario: ¡Ya llegan!

Reina: ¡Mis salvadores!

Hammock: ¡El pueblo, tu verdugo!

Honorato: O quizá el de los dos. ¡Atentos!

Macario: ¡Son ellos! *(y aparecen los paparazzi, invadiendo el recinto real)*

Paparazzi 1: ¡Hammock y su madre! Esto sí que no lo esperábamos.

Reina: ¿Cómo os atrevéis a invadir mis aposentos? ¡Guardias, guardias! Detenedlos a todos. ¿Dónde está mi guardia?

Paparazzi 2: Mañana podréis leer sus declaraciones. Ellos nos han brindado la exclusiva.

Hammock: ¡Malditos! ¡Mi plan, habéis frustrado mi plan! Todo está ya perdido.

Honorato: ¡Pobre patria!

Macario: Pobre de mí. ¡Yo con estos pelos y ante la prensa!

Paparazzi 3: ¿Desde cuándo compartís habitación?

Paparazzi 2: ¿Acaso el príncipe tiene miedo y duerme con vos?

Paparazzi 1: ¿No estaréis liados? ¡Ésta sí que sería buena!

Paparazzi 3: ¿Y qué pinta aquí el honorable Honorato?

Paparazzi 2: Hammock, ¿les presentabas a tu novio a tus padres?

Hammock: ¡Traición!

Paparazzi 1: ¿Una traición? ¿Ibais a usurpar el trono?

Paparazzi 2: Y, ¿desde cuándo estaba planeada la conspiración?

Paparazzi 3: ¿Qué opina la Reina al respecto?

Paparazzi2: ¿Piensa abdicar el Rey?

Paparazzi 1: ¿O será ejecutado el príncipe?

Macario: *(para sí)* ¡Éstos sí que saben conspirar!

Hammock: Malditos y mil veces malditos. Ya no lo soporto. ¡Me cagüen too! *(y desenvaina la espada)* ¡Estoy de vosotros hasta los mismísimos! *(los paparazzi se asustan y reculan)* Me habéis jodido el plan, me habéis jodido la vida…

Honorato: *(interrumpiendo y sacando la espada)* Y el país.

Hammock: …Y el país. ¡No soporto más! Os voy a ensartar en mi acero.

Reina: ¡Hijo, no! ¡Piensa en las portadas!

Hammock: ¡A la mierda!

Macario: *(sumándose al ataque, espada en ristre)* ¡Esto empieza a ponerse divertido! ¡A la carga!

Hammock: Os voy a hacer trizas. Os voy a cortar el pescuezo. Cáncer del mundo, ladillas sin vergüenza…

(los paparazzi corren huyendo del trío de espadachines que los persigue con las armas en la mano por todo el escenario)

Rey: ¿Qué será ahora de nosotros?

Reina: ¡Y yo qué sé! Mañana lo veremos en la prensa rosa.

Macario: *(mientras abandona la escena)* De aquí a la fama. Después de lo de hoy, mañana mismo me llaman para el Gran Vasallo.

FIN

CASPOSITO DE TORRES

Era un torero de los de plaza llena, y toreaba todos los días y era la figura principal, sus ayudantes hacían lo que podían, si los toros salían pinchados, y maltratados, la verdad, lo mejor sería que salieran corriendo, mas no podían y lo que intentaban era poder solucionar ese problema de forma humana. Pero Casposito de Torres no les hacía caso, le iba en ello no la vida (que no creas que se la jugaba mucho) sino que le iba en ello la "pasta" o sea los $ que cobraba todos los meses por mantener a los toros a raya.

Así que cuando se reunían los toreros con él, los apoderados, y el banderillero mayor, en la enfermería, hablando con alguno que estaba herido, y quejándose de que así no se podía continuar, tenía su arrogancia, y su parsimonia, y que era el Maestro, y no dejaba rechistar a nadie.

-¡Cojones! A ver si me cabreo y a ti te pongo de patitas en las bolsas provinciales de toreros interinos.

Así funcionaba Casposito de Torres, los tacos los había aprendido bien en las tabernas, cuando echaba unos carajillos, y sabía que funcionaban, todo es cuestión de tener más morro que el Pico Everest.

-¡Que no se me desmande nadie!, aquí o se hace lo que yo digo o ya sabe donde está el burladero.

Casposito de Torres era impresentable, se burlaba luego por detrás de los toreros, no los estimaba en absoluto, y le importaban un bledo los problemas que tuvieran, incluso junto con el banderillero mayor, hacían sus chistes sobre los toreros y las toreras, que también las había. En este caso alguna se libraba si estaba de buen ver, y era una mujer de rompe y rasga, no les exigía mantilla y peineta, pero que fueran guapas ¡que cojones! Para eso está el poder, aunque sea en el ruedo.

Mousaka-Rica

EL TAMAÑO DEL CORTIJO

Al final en todo, incluida la caspa, lo posible viene determinado por los recursos: materia, energía, medios, información.

Sorprende la cantidad de gente que se queda embobada viendo a los payasos televisivos, ya sea en culebrones, programas del corazón y prensa rosa o cutres exhibiciones familiares. En la caspa, también como en todo, hay clases y niveles.

La pregunta es, ¿hasta qué punto el famoseo mueve y produce dinero? Está claro que los que viven del cuento dependen de los recursos disponibles y llama la atención que, pese a la proliferación de sanguijuelas y garrapatas -¿o son garraplastas?- televisivas, el número y las horas que ocupan los programas en la caja tonta y en la prensa sigan en aumento. ¿Es que no hay un nivel de saturación? ¿Es que la gente no se aburre de ver a tanto papanatas haciendo sandeces que, a la postre o desde el principio, resultan repetitivas? A la segunda pregunta me gustaría poder contestar que sí, y que este telebodrio tocará algún día –ojalá que pronto- a su fin. Pero si afirmo tal cosa me temo que se tratará sólo de la expresión de un íntimo deseo y correré un serio riesgo de fallar en mi predicción, con el consiguiente desencanto por mi parte. El grado de abyección de los televisivos y las tragaderas de los televidentes parecen aumentar irremisiblemente en progresión directa. A la primera pregunta, creo que puedo responder afirmativamente sin temor a equivocarme. Puesto que todo son recursos, en el famoseo hay un límite y, al margen de las clases de casposo, el nivel mínimo existe y es el de subsistencia: el famosillo debe sacar lo suficiente para comer o se morirá y desaparecerá sin dejar más huella que un charco viscoso, o quizá un montoncito de esa caspa metafórica de la que ha pretendido vivir.

Los que manejan un negocio siempre lo consideran su coto privado, su cortijo sobre el que tienen capacidad de decisión. No iba a ser el asunto del famoseo, como negocio, algo distinto de un cortijo. Es por ello por lo que existen clases, niveles y límites.

Los amos del cortijo no quedan muy claros. ¿Son los directores de programas y revistas? ¿Son los productores? ¿O tal vez los famosos de portada? Yo creo que son los que ponen la pasta en el asunto, aunque sus empleados, periodistas y demás, pueden manejar el cortijo a su antojo mientras que el negocio siga rindiendo beneficios. Como esta parte del cortijo está controlada y cerrada –el número de

revistas y programas en edición y antena está limitado por la propia competencia-, el campo queda más abierto entre los actores del cotarro: famosos y famosillos. Hay algunas celebridades -vaya usted a saber por qué lograron su notoriedad- que se ganan la vida vendiendo exclusivas. Parece un juego sencillo e inocente: yo tengo una novedad sobre mi vida y alguien me paga por la exclusiva. Pues la vendo y me saco unos buenos cuartos. Pero, ¡ay!, no es tan simple. Esto parece como la mafia: el que abre sus puertas a la prensa amarilla se convierte en carnaza de por vida, como si estuviera ligado al cotilleo por algún lazo sagrado. Alguno hay que se ofende y se rasga las vestiduras a posteriori, pero el que entra en el juego debe saber a qué se expone.

Una vez dentro del juego, el famoso de pro, aunque no haga nada importante en su vida, más que acudir a fiestas, ya tiene la vida asegurada: una boda, un bautizo, un cambio de piso o una leve diarrea son motivo más que suficiente para merecer una reseña en la prensa escrita o en la tele, para poner la mano en cuenco y ver como cae el dinero a cambio de una dosis de exhibicionismo casposo. ¿Ridículo? Quizá, pero, si uno pierde la vergüenza y no le molestan los paparazzi, es una forma tan válida como cualquiera de ganarse la vida.

La cuestión importante está en este ganarse la vida. Porque estrellas del "papel cuché" no hay ni puede haber muchas. Portadas hay las justas y personas que puedan ocuparlas y ganarse una pasta gansa por la cara tampoco pueden ser demasiadas. Entre nobles venidos a menos, gente de la "jet", cantantes, actores, millonarios o "familiares de" se cubrió el cupo. Estos famosos son los que viven bien vendiendo exclusivas. Pero luego están los de, digamos, la segunda división. Aquéllos que han tenido un momento de gloria, ya sea a título personal o por su relación con una de las superestrellas de la caspa. Si tienen algo interesante que contar, se ganan unos minutos, unas páginas o unos párrafos y una calderilla con la que poder subsistir de exclusiva en exclusiva. Éstos no pueden descuidarse. Han de moverse en sociedad, acudir a todos los saraos y mantenerse en la palestra –o "en el candelabro" que decía una patética modelo-. A poco que el famosillo se descuide, su fama y su "glamour" se van al garete, por escasos y pobres en sustentación. Pero, si el personaje se lo curra,

puede permanecer durante años dentro del mundillo de lo rosa y ganándose guapamente la vida.

Por último nos quedan los casposos de los casposos, los "freakies" y "garraplastas", como los hemos llamados. Gente sin oficio ni beneficio. Sin sentido de la vergüenza, la mesura o el ridículo, capaz de someterse a la más humillante de las entrevistas o de ejecutar el montaje más cutre con tal de conseguir su instante de gloria y sus migajas de la pasta del pastel, las limosnas del cortijo. Advenedizos que se cruzaron en la vida de un famoso o que aparecieron en televisión como concursantes o por vergonzantes deméritos propios y que, una vez probada la fama y las migajas de la "dolce vita", se aferran al famoseo con uñas y dientes, tratando de ganarse dos duros a toda costa. Para ellos sólo hay cuatro perras y, sin embargo, constituyen el grupo más numeroso y cutre. Si logran un párrafo, un pie de página o una entrada en una entrevista, ya van servidos. Algunos parece claro que no han visto dinero en su vida, pero para ellos debe de bastar con la mísera fama –o infamia- del momento. Y son estos periféricos del cortijo, sus descomponedores –la labor de carroñero la dejaremos para esos que se atreven a autodenominarse periodistas-, los que forman la mayor parte del club. La gente corriente y moliente que se engancha a estos programas suele soñar con parecerse a alguno de ellos y causa grima y lástima escuchar como algún adolescente los admira y pone las esperanzas de su futuro en convertirse en "gran hermano" o participar en un programa de confesiones para contar sus vergüenzas ante todo el país.

Y es en este punto donde empiezo a temer que el tamaño del cortijo sea tristemente infinito. Porque es bien cierto que pasta no hay para todos, sino que, largamente, tan sólo para unos pocos. El problema es que muchos saldrían haciendo el gilipollas con tal de que los pusieran en la tele y los vieran sus vecinos y amistades. Alguno enseñaría el culo en público o confesaría sus secretos más íntimos con tal de que la cámara lo enfocase o una presentadora supuestamente empática lo entrevistara en pos de la lágrima fácil de su público aborregado. Siendo así, ¡qué Dios nos pille confesados! Si lo único

importante son los cinco minutos de desgraciada notoriedad, aún nos queda caspa para mucho, mucho tiempo.

Juan Luis Monedero Rodrigo

¡CUATE, AQUÍ HAY TOMATE!

Este eslogan de un anuncio de hace varios lustros hacía referencia a una marca comercial; ahora con idéntica idea es el lema de ciertos personajes, sobre todo televisivos (prolongados en las revistas del corazón), que buscan en la comidilla de los demás su beneficio, a modo de modernos chupópteros: Dosifican sus intervenciones para alargar el máximo posible "su historia" y no agotarla, a las primeras de cambio, firman exclusivas o revolotean de cadena en cadena ofreciendo, como unos chalanes, sus "productos". Los telespectadores se enganchan y no les importa que sea más de lo mismo por los mismos/as de casi siempre. Tienen auténticas legiones de seguidores, aunque muchos no lo reconozcan.

¿Por qué nos metemos en la vida de los demás? Allá ellos. Una cosa es el natural interés por lo que nos rodea y otra el regodeo que ello nos aporta. Se puede dedicar más tiempo a lo que le pase a una famosa tonadillera que a los grandes problemas de la nación. Los políticos lo usan como arma arrojadiza contra sus oponentes acusándoles de cortina de humo para que los problemas reales sigan en el limbo. Antes se decía que el fútbol dormía las conciencias, ahora parece que sigue lo mismo pero ampliado con estos "adornos". Será que los tiempos adelantan que es una barbaridad, como decía Don Hilarión.

Parece que es una cultura paralela y si no sabes de "chismes", chismorreos, líos, pelotazos, enjuagues, traiciones, rollos, dimes y diretes… eres un ignorante, no estás en este mundo.

Somos modernos voyeurs. No fisgamos por la mirilla ni disimuladamente entre las cortinas o persianas sino en la caja tonta, bien acomodados y muchas veces comentando la jugada con otros como nosotros. Bueno, me voy a ver la enésima parte de un nuevo "affaire", es muy interesante, estoy enganchado. Sí, lo confieso, soy uno de ellos.

P.A.M.213

MASCOTAS

A veces, tendemos a pensar que lo que sucede en el occidente desarrollado –económicamente, se entiende- no tiene parangón en otros lugares menos "civilizados" y que muchas de nuestras costumbres decadentes son el resultado de nuestro modo de vida actual, marcado por los medios de comunicación, la tecnología y la pérdida de valores que antes dirigían la sociedad.

En ocasiones, todo hay que decirlo, estamos en lo cierto. Pero otras veces no es así, por más que nos empeñemos en creernos únicos y diferentes. Es un caso típico el de nuestro afán por destacar socialmente. El deseo de notoriedad es bastante frecuente en individuos sociales como los que conformamos nuestra especie. Por ello es tan lógico que el cotilleo y la prensa de "sociedad", como antes se la llamaba, se den en todo el mundo, con mayor o menor extensión y disponibilidad de medios pero con parejo éxito, ya sea en la televisión, la prensa escrita o "radio macuto", cuando en la tribu la gente se reúne para presumir y chismorrear.

De un caso extremo, y para nada asociado al devenir de la modernidad, es del que quiero hablar aquí.

En varias culturas ajenas a la nuestra el gato se ha considerado un animal sagrado, divino incluso y siempre mágico. Pero son pocos los que conocen el caso de los atanasani, una pequeña tribu del noroeste de la India, en el interior de la siempre conflictiva Cachemira.

Entre los atanasani se da el tradicional sistema de castas, pero de un modo un tanto peculiar, pues la casta no es un reducto por completo cerrado. Es posible modificar el propio estatus, aunque no depende de la voluntad de uno mismo sino de la de los dioses, o eso es, al menos, lo que ellos creen. Un descreído diría que depende de la suerte o de la voluntad de unas mascotas de lo más volubles: los gatos. Un malpensado achacaría muchos cambios a las malas artes y los trucos de los beneficiarios y este último, al menos en parte, probablemente tuviera la razón.

Las mascotas en cuestión son los gatos, aunque más parecen –lo cual cuadra bien al carácter de estos pequeños tiranos- que fueran ellos los amos. Y es que los atanasani consideran al gato animal

sagrado y mensajero del favor de los dioses, razón por la cual cualquier individuo es medido socialmente en función de su relación con los mininos. Un atanasani que no tenga gatos en su casa es un paria. Ninguno diría que es dueño de un gato, sino que el gato es su invitado. Un invitado un poco especial, claro está. Cualquiera sabe que los gatos son bichos independientes y poco hogareños, aunque hay notables y abundantes excepciones, pero los atanasani no piensan que el gato cumpla su santa voluntad sino que la santidad viene de instancias superiores que determinan el comportamiento de cada felino. Si los gatos huyen de una casa, es porque sus ocupantes no están en paz con los dioses. Si un gato ronronea o se frota contra un humano, el humano es bendecido por el minino y tendrá buena suerte. En el colmo, si un gato, sin razón aparente, salta sobre un humano y le pega un zarpazo o le muerde, se considera que el humano ha sido tocado y marcado por los dioses, por lo cual merece la mayor consideración y respeto y, de hecho, se considera que, desde ese momento y como santón demostrado, pasa a formar parte de la élite, siendo sus familiares y amigos mejor considerados en la sociedad. Los cargos de responsabilidad, los mejores trabajos, son otorgados no por méritos personales o esfuerzo de cada cual, sino por el variable genio de un gato loco o malhumorado que, en un momento dado, quiso "acariciar" al "tocado por los dioses".

Esto, obviamente, lleva asociada toda una picaresca, así como una completa serie de rituales iniciáticos para cada marca de clase. No es lo mismo un arañazo en la pierna que en la cara, siendo lo más sagrado el zarpazo que cruza un párpado sin dañar el ojo pero dejando cicatriz en la piel. Así, muchos grandes hombres fueron en su día niños atacados por una de esas fieras desbocadas. Uno sospecha que otros favorecieron su propia suerte colocándose en posición propicia para recibir marcas divinas. Es probable que muchos de los sacerdotes y líderes del pueblo atanasani hayan medrado a costa de untarse la piel con sardinas o enfadar a un gato próximo y jugarse el futuro a uno de sus zarpazos vengativos.

No obstante, este tipo de juego sucio no está exento de una buena porción de riesgo. Porque no basta con ser mordido o arañado para convertirse en santo. Existe un riguroso tribunal que juzga cada

caso y exige pruebas y testigos de que el toque ha sido divino y no una burla a los dioses. Cuando se descubre que alguien hace trampas, pasa a ser despreciado por todos y a ocupar un lugar más bajo en la sociedad que el del último y más apestoso de los parias. Entonces, al maldito sólo le queda marcharse, emigrar a un lugar lejano donde no se le conozca y nadie sepa de su vergüenza ni identifique el gato tatuado en su frente como signo de mal agüero. El tribunal, quizá ducho en trucos porque muchos de sus miembros –perros viejos todos- los hayan usado en otro tiempo, se muestra severo y eficaz. Reconoce si el individuo se autolesionó, si maltrató al gato, si provocó él mismo el zarpazo sujetando la pata al animal, si jugó con él o si, meramente, se untó de miel para atraerlo. Sólo si las muestras del ataque son convincentes, si el atacado estaba distraído y desprevenido, si nadie de su familia estaba presente o tenía que ver con el gato en ese instante y, preferentemente, si alguno de los santones de abolengo de la tribu –lo cual resulta harto sospechoso- ha sido testigo del "milagro", el agredido puede ser considerado bendito por los dioses y merecedor de los mayores dones en este mundo.

Por el breve sufrimiento de un zarpazo, mordisco o ataque gatuno, bien merece la pena arriesgarse y conseguir una plaza en el paraíso. Lo malo es que, como en tantos otros lugares, incluidos los que frecuenta nuestra familiar y casposa "jet set", para casi todos los paraísos hay quien decide acerca del derecho de admisión y los privilegios de clase.

Euforia de Lego

LA FAMA

Ser artista era su sueño dorado. Es un sueño muy común. Cantar y bailar en televisión, o en mitad de un estadio de fútbol, sobre amplio escenario, como sus ídolos de siempre. Participar en Procedimiento Éxito o en algún programa parecido.

Ser famosa, lucir palmito allá por donde fuera, firmar autógrafos, ser admirada, ganar montones de dinero y, por encima de todo, cantar, cantar ante un público extasiado que coreara sus canciones, bueno, las que alguien igualmente enamorado de ella

hubiese compuesto expresamente para ser interpretadas por su hermosa y potente voz.

Sueños. Tan comunes, tan tiernos, tan cálidos y esquivos. Sueños de adolescente y de persona mayor, a la que se considera equivocadamente madura, que prefiere mantenerlos antes que renunciar a lo poco de ilusionante que conserva en su existencia. Sueños difíciles de convertir en realidades o siquiera, por falta de valor, en simple proyecto.

Los sueños de Celia eran su vida. Una vida joven y plácida, sin mucho esfuerzo pero también sin muchas decepciones. Todavía.

Celia estudiaba, por decir algo, peluquería. Era un medio como cualquier otro de ganarse la vida en tanto no lograse cumplir su sueño dorado. Algo provisional y no deseado. No por ello menos necesario. Al menos, o así lo veía la buena de Celia, aquel trabajo, al que ella se refería como "estilista" o "especialista en imagen personal", tenía un tanto de artístico, no meramente mecánico. Ella misma se ilusionaba en mitad de las aburridas clases suponiendo que un día, en vez de practicar su talento capilar con protestonas señoras entradas en años, ejercitaría su arte sobre sí misma, fabricando su propia imagen pública. La estrella que se hace sus propios diseños, que se aplica su maravilloso maquillaje y que, con un punto de melancolía, elabora su hermoso peinado, parte de su marca personal, mientras recuerda a los no enterados sus humildes inicios cuando era una simple ayudante de peluquería.

La verdad es que no le gustaba para nada la peluquería. Siempre olía mal, la gente no era muy educada y todo se llenaba de pelos, no siempre limpios ni sedosos. Cuando terminó sus estudios sin sacarse el título de graduada en Secundaria, en el instituto le ofrecieron apuntarse a un curso de iniciación profesional. Pero a ella eso de la Garantía Social, que era como denominaban el curso en cuestión, no le daba mucha confianza. Conque, medio obligada por su madre a seguir formándose para poder trabajar, se apuntó a la academia de peluquería. Y eso que costaba un huevo. Su madre pagaba gustosa y no la obligaba a trabajar de cajera, reponedora o teleoperadora. Siempre tendría tiempo para eso pero, de momento, bastaba con dedicar las mañanas a la escuela de peluquería, prácticas

incluidas, y con ganarse el dinero de las propinas para salir de marcha de vez en cuando y no recibir regañinas de los profesores para no tener monsergas en casa. A cambio, su madre le permitía estudiar canto por las tardes. En ello tenía bastante que ver su padre, enamorado de su niña y de su portentosa, según él, voz. Portentos hay muchos, y no suelen tener relación alguna con cualidades, pero eso no era algo que pudiera discutirse con el señor Guzmán, papá de Celia, cuando la niña soltaba su "portentoso", por intenso, vozarrón. La madre, más realista, se contentaba con ver que su moza, que no había querido estudiar, se preparaba, al menos, para poder trabajar y ganarse el jornal. Doña Tomasa, señora de Guzmán Olmos, ya le estaba buscando las castañas a su Celia y había hablado con Paquita, su amiga del alma y peluquera de confianza, para que la contratase en prácticas en cuanto que se sacase el título. Eso no significaba que la buena mujer no se ilusionase con la habilidad musical de su niña. La Tomasa estaba convencida de que su hija tenía tanto talento como la que más, que cantaba con sentido y sentimiento y que poseía un chorro de voz capaz de despertar a las piedras y de emocionar al más insensible. Pero también sabía que el mundo es un lugar cruel. En particular el de la música, lleno de enchufados y tejemanejes, donde no basta con tener talento sino que hacen falta padrinos. Por eso, aunque no veía con malos ojos que la niña fomentase su pasión y se gastara en academias de canto los dineros tan trabajosamente ganados por ella y su marido, prefería no jugarse todas las ilusiones a una sola carta tan dudosa como la del éxito musical y, si bien animaba a la niña a cantar y presumía de ella ante familiares y amigos, también la obligaba a sacarse el título de peluquera por si los sueños se chocaban con la realidad, para que no le vinieran maldadas ya que no tenía una formación que hiciera suponerla capaz de hacerse ministra o ricachona.

La niña odiaba los pelos cada vez más. Aunque se pasaba las horas muertas jugando con sus propios rizos e imaginando peinados que, a solas en su cuarto, trataba de convertir en realidades de las que se acompañaba cuando, entusiasmada y llena de ilusión, se lanzaba a entonar canciones a media voz, entre orgullosa de sus dotes y avergonzada de que pudieran oírla los vecinos. Y es que la niña, tan

pizpireta y desenvuelta cuando se ponía a cantar ante los suyos, era, en el fondo, la mar de tímida y se cortaba cuando los amigos o la familia pedían, a instancias de su madre, que cantase una tonada o se lanzara a vocear en el karaoke durante una fiesta familiar. Entonces Celia se ruborizaba y apenas le llegaba la voz. Era en esos instantes cuando su madre se irritaba y decía, sentando cátedra:

-Pues menuda cantante vas a ser, que te avergüenzas de que te oiga el público.

A lo que su padre, protector y conciliador, siempre añadía el correspondiente contrapunto:

-Déjala, cariño, déjala. Es muy joven. Ya verás como se suelta con el tiempo, cuando practique.

Y a eso se dedicaba, a practicar. Aunque, para desesperación de don Serafín, su profesor de canto, el oído de la muchacha no era muy fino y la niña , incluso al soltarse, desentonaba tanto como ponía altibajos, cuando no gallos, en su voz, el caso es que Celia, poco a poco, con paciencia, pundonor y más esfuerzo que el que ponía en la academia de peluquería, iba mejorando su técnica vocal y llegaba a alegrar el oído de oyentes distintos de sus padres cuando estaba inspirada y concentrada. Claro que eso no parece decir mucho. ¿Cuánta gente hay en el mundo con una voz aceptable, unas ganas enormes, y escasos o nulos talento y contactos que nunca logran pasar de cantantes de ducha? Cualquier persona con dos dedos de frente habría asegurado que Celia jamás sería famosa. Menos aún por su voz. Todo lo más una peluquera cantarina que endulza –o amarga, según casos- los oídos de las clientas mientras ejecuta con mayor o menor habilidad el último peinado.

Y, sin embargo, los que así opinaban se equivocaron. Porque Celia se convirtió en una persona famosa. Aunque sólo por unos días fue, quizás, la persona más famosa, conocida y mencionada del país. Claro que, al margen del asunto de la fugacidad, la causa de la fama fue muy distinta de la soñada por nuestra aprendiz de cantante, y harto dolorosa para los suyos. No para ella, que sufrió el hecho pero no llegó a ser consciente de la fama subsecuente.

Celia caminaba, como tantas otras veces, hacia el metro. Era bien pronto por la mañana, apenas amanecía y, con el sueño habitual,

se dirigía hacia la boca de metro que la conduciría hasta la academia de peluquería. Escuchaba música y sus pasos procuraban seguir el ritmo machacón que atronaba sus oídos. No era muy consciente del ambiente que la rodeaba. No solía prestar mucha atención a la gente ni al paisaje. Tampoco en esta ocasión. Quizá por eso no se dio cuenta del tipo que gritaba, de la gente que trataba de correr. Sólo fue consciente del resplandor, un zumbido extraño y luego nada: un instante de súbito e intenso dolor y la completa oscuridad.

Celia había dejado de existir. Ya no sería peluquera, ni cantante, ni hija, ni mujer o madre. La bomba estalló y la consumió. Algún ingenuo pensó que era un accidente, una tubería del gas, la bombona de butano, un depósito incendiado. Otros afirmaban que vieron al hombre correr, al que había dejado la bolsa a la entrada del metro. Varios comentaron el extraño olor, dos o tres personas el zumbido. Alguien, un guardia de seguridad, gritó que aquello iba a estallar, que todos se apartasen. Un minuto antes de la explosión, alguien llamó a la comisaría, de ahí a la estación del metro y no hubo tiempo para desalojos. Quien oyó el aviso, echó a correr, empavorecido. Varios imbéciles comentaron más tarde que aún hubo suerte: la catástrofe habría sido mucho mayor si la bomba se hubiera encontrado en el andén o en un vagón. Pero la bomba estaba justo a la entrada del metro y Celia, que nada oyó, empezaba a descender por las escaleras. Vio gente correr, con cara de miedo. Nadie tiró de ella ni le impidió dar el paso de más que le costó la vida. La bomba estalló, el fulgor cegó a Celia, y la metralla la aniquiló aun antes de que el techo se derrumbara sobre ella. Hubo tres heridos, uno de ellos grave, aunque se salvó. Y una sola víctima mortal: Celia. Cuando retiraron los escombros y la recogieron, los sanitarios dijeron que le quedaba un hilo de vida. Nadie lo hubiera dicho. En coma o muerta poca era la diferencia para ella. Llegó al hospital conectada a una máquina que latía por ella. La entubaron, la llevaron al quirófano y no se molestaron en hacer nada: estaba muerta y bien muerta.

Y fue entonces cuando Celia Olmos se hizo famosa en todo el país, acaparando portadas de periódicos y titulares de los noticiarios televisivos. Sus fotos circulaban por doquier, todos la conocían y hasta supieron de su vida, de sus gustos y aficiones. ¡Si hasta la

oyeron cantar! En la tele pusieron un vídeo suyo, en un karaoke con la familia, cuando se arrancó a cantar una de sus canciones preferidas: el "Sobreviviré" de la Naranjo, ¡qué ironía!

Durante varios días su imagen estuvo en todas partes. Cada vez que se hablaba del terrible atentado terrorista, ella era mencionada. Los otros heridos, incluido el grave, se recuperaron sin mayor problema. Los políticos y personajes notables acudieron al funeral de Celia. Sus padres hablaron en televisión y concedieron dolorosas entrevistas. Su madre lloró ante las cámaras y miles de personas se emocionaron con su emoción.

Celia fue famosa, pero poco le importó. Esa fama momentánea y fugaz, la que según Warhol toca un día en la vida a cada persona, a ella le llegó una vez muerta, recién fallecida. Y poco le cundió. Más le habría valido permanecer ignorada y vivir las décadas que, en propiedad, le hubieran correspondido. Poder seguir con sus planes y sus sueños, aunque hubiera sido para verlos morir antes de nacer, para resignarse a una existencia oscura, siempre mejor que el brillo post mortem que iluminó esos breves días de notoriedad.

Al poco, cuando aún no había pasado una semana desde el crimen, los noticiarios empezaron a olvidarse de ella. Sus padres lo agradecieron, pues la muerte de su hija, además de dolorosa, empezaba a parecerles un circo, los periodistas meros mercachifles del sufrimiento. Luego, pasado el tiempo, participaron en algún coloquio y en entrevistas donde se recordó a su hija y a otras víctimas del horror. Pero la fama pasó y la tranquilidad regresó a sus vidas. Celia podía descansar también en paz. Ya que no otra cosa, a sus padres les quedó el recuerdo, ése que el público, de tan frágil memoria, le negó. Celia fue famosa por un día, reina en el instante de su muerte, pero pronto fue olvidada e ignorada, salvo por sus padres, su familia, sus amigos. Poco importaba ese breve recuerdo. Tan intrascendente que desaparecería al morir quienes la hubieran conocido. Tan absurdo como el modo en que la joven perdió su frágil existencia. Sueños que se derrumban cuando se convierten en tristes realidades. ¡Y aún habría quien, ante la elección, preferiría la fama a conservar su vida! Celia, por desgracia, no tuvo ocasión de manifestarse al respecto. Nadie sabe si hubiera dado su vida gris a

cambio de esos escasos días de portada en la prensa nacional. Es mucho pedir que sus asesinos, u otros que sustituyan a estos locos, tan poco dados a valorar existencias y sueños ajenos, tengan la curiosidad de preguntarlo a sus futuras y ciertas víctimas. También ellos tendrán su porción de notoriedad. Tal vez los monstruos también se sienten orgullosos de sus "proezas" sin sentido.

Juan Luis Monedero Rodrigo

DIA DE LA MUJER: ASOCIACIONES

Aún hoy día, es fácil oír algún chiste fácil cuando ven algún anuncio o una convocatoria o jornadas sobre temas de mujer, enfocados muy directamente sobre ella, p.ej.: un titular "vamos creciendo" y a continuación un macho (varón, raza: humana, estatura: baja, inteligencia: no se pudo constatar y no sé si machista o no) pues no sé esto...., así que si ellas crecen, nosotros menguamos, etc. Lo malo: que también había una mujer en aquiescencia.

Quizás podríamos pasar de los chistes y aceptar con buen sentido del humor los mismos, que probablemente el chico era majo, pero el problema está en que aún tienen que pasar muchos años para olvidarnos de la discriminación que ha existido en nuestro género, del sometimiento a las órdenes de los que mandaban que normalmente eran hombres (masculino), del nulo status que teníamos que hasta no hace mucho te pedían la firma del marido para abrir una cuenta corriente en un Banco, (¿y si no tengo marido?, ¡ah, entonces su padre!, ¿y si no tengo padre?, pues su tío, que alguno tendrá...etc.) vamos que en el DNI ponían sus labores de profesión, algo muy ligado a su tarea cotidiana, la cual era propiedad en exclusiva de ella, la mujer: tu madre, tu abuela, tu compañera. No es demagogia, es historia y documentada, busquen documentos gráficos, sonoros, allí está palpitante y absurda esa situación. Afortunadamente los tiempos cambian, y a pesar de las "joyitas del franquismo" (presentación en powerpoint, que ha ido circulando estos días), las cuales nos han hecho rememorar, que eso mismo nos quisieron hacer creer en nuestra generación, a las que tenemos 50 años, eso sí ya carrozas, pero con ganas de seguir reivindicando que todos los seres humanos se merecen un mundo mejor.

Una parte importante en el proceso del cambio han sido y son los grupos asociativos que se han formado, los cuales han hecho más accesibles distintos modos de disfrutar del ocio, de aprender sobre temas que nunca antes tuvieron oportunidad, de expresar en voz alta lo que sentían y opinaban, de saber que como mujeres tenían otras maneras de vivir la vida.

Una amiga de Virginia

LA INASIBLE BELLEZA

Pensé, en principio, que el título de la revista hacía referencia al hecho literal, y no al figurado. Yo, que poseo una fórmula milagrosa contra la caspa, ya estaba desarrollando un prodigioso ungüento a su favor que la provocaría en cantidades infinitas y que brindaría al público de la revista con generosidad. Pero, cuando vi que el asunto iba por otros derroteros, recordé una investigación mucho más interesante para mí, que me preocupa y que me viene al pelo describir.

Existe en nuestros tiempos un muy poco salubre culto a la belleza que lleva a miles, millones de personas, más del sexo femenino, aunque cada vez son más los varones que se unen a la moda, a pasar por el quirófano o ponerse en manos de cualquier otro tipo de embaucador con o sin bata que le dé aire de profesionalidad y patente de corso como timador.

Personalmente, este interés, o idolatría, por la belleza me resulta sorprendente. Siempre pensé que la notoriedad debe alcanzarse por la preeminencia intelectual y no por poseer una cara bonita o una completa falta de vergüenza. Y, sin embargo, contemplo con justificado pasmo que hoy en día la belleza física es un fin, igual que ser famoso al margen de la causa de la fama. Me sorprende este irracional culto al cuerpo y a la pantalla televisiva donde debe mostrarse el propio aspecto, pues parece entenderse que no hay otro escaparate para la fama. ¡Dichosos los tiempos en que no existían prensa ni televisión y cada cual se dedicaba a sus asuntos sin pretender destacar ni ser adorado por sus supuestas virtudes!

Sé que hablar aquí de mérito o esfuerzo es predicar en el desierto, tal es la amoralidad en la que nos movemos, así que, una vez hecha mi pública protesta, ahora me dedicaré a comentar un caso

relacionado con este asunto de la deseada belleza y que a mí me atañe profundamente y me causa idéntico pasmo que el del famoseo.

No entiendo ese afán por ser hermoso de cara y negro de corazón, pero un erudito como yo termina por tocar todos los temas y, en mi periplo investigativo, no podía dejar de tropezarme con un hallazgo que, pudiendo haber revolucionado el negocio de la estética, parece condenado a la ignorancia o el desprecio. Y es que, amigos de la ciencia, mis experimentos con la fabada me llevaron al aislamiento de un extracto portentoso, poco menos que la fuente de la eterna juventud. Pero, claro, no está hecha la miel para la boca del cerdo y el propio Ponce de León, tan interesado en su búsqueda, podría haber pasado ciego a su lado y sin reconocerla en absoluto. ¡Hay tanto estúpido pululando en este mundo de ineptos!

Creo que mi cólera es justificada pero, para que el lector me comprenda y comparta mi dolor, debo explicarle los sucesos que me han llevado hasta el punto en que esta amarga queja apenas alivia mi falta de esperanzas en la nunca suficientemente denostada raza humana. He dicho.

Mi estudio sobre la fabada tenía otros objetivos, a caballo entre el análisis nutricional y la mejora genética de sus componentes. Sin embargo, la fortuna –no sé si buena o mala- me hizo topar con un pequeño milagro: uno de los extractos obtenido a partir de las judías, tras ser convenientemente filtrado, destilado, liofilizado y mezclado en la coctelera con un combinado alcohólico de importación a base de hierbas, mostró unas propiedades inesperadas que se hicieron patentes de un modo harto casual. Pero la casualidad sólo es aliada, como todo investigador sabe bien, del genio atento, así que me cabe el mérito de haber descubierto el tratamiento definitivo de belleza: la crema rejuvenecedora.

No dejaré de mencionar la inestimable colaboración de doña Visitación Auxiliadora de las Cinco Llagas, mi buena amiga y colaboradora, distinguida fundadora de las Hermanitas de la Caridad Apostólica y Ecuménica junto con mi idolatrada Nicolasa de la Olla. Me visitaba doña Visitación cuando sucedió un prodigioso accidente. A falta de pastas de té para la merienda, yo le había servido a mi amiga unos canapés del extracto de judías, por no desperdiciar el material,

pero quiso la suerte que uno de aquellos cuadrados de pan untado se le cayera a doña Visitación sobre el regazo y, al recogerlo y limpiar la tela con la mano, el dorso se le manchó de crema de judías. Ahí podía haber terminado todo, pero no para un genio como yo. Al cabo de unos instantes vi que doña Visitación Auxiliadora se rascaba el dorso de la mano, como si le picase. Al ser interpelada por mí a ese respecto, reconoció que sentía la piel tirante. Fue entonces cuando contemplé el milagroso efecto: las arrugas de la mano, allí donde el ungüento había tocado, estaban desapareciendo a ojos vista, mientras la piel se ponía tersa, suave y brillante.

"¡Oh, portento!", dije yo para mí y "¡cáspita!", para doña Visitación. Tras pedirle permiso, hice una palpación profesional de aquella piel repentinamente tersa y brillante. El diagnóstico era claro: la piel estaba estirada y rejuvenecida. Así se lo hice notar a mi amiga. Ella se mostró feliz, pese a que unos leves retortijones la comenzaban a atacar inmisericordes y hacían que su rictus cambiase. Quizá debí haber prestado más atención a aquellas molestias pero, en ese momento, estaba disfrutando del éxtasis del descubrimiento: mi extracto de judías quizá no era el mejor reconstituyente, pero sí la mejor crema cosmética de la historia, la única, que el mundo supiera, que rejuvenecía instantáneamente la piel.

La decepción no tardó en llegar, y lo hizo por partida triple. Las dos primeras causas de decepción tuvieron que ver con el propio producto. Si bien no tenían solución –o yo no la he encontrado hasta el momento-, las asumí y las integré entre las características del producto sin que por ello mi ánimo se viera empañado. La tercera, ajena a mi crema rejuvenecedora, fue la que me condenó al fracaso.

La primera decepción fue comprobar que el efecto rejuvenecedor no era definitivo. Al cabo de unas horas, las arrugas volvían a la piel, que dejaba de estar tersa y llena de volumen. Los milagros no llegan tan lejos como uno quiere creer. La segunda fue que el producto provocaba dolor de tripa y flatulencia, amén de cierta hinchazón abdominal. La pobre Visitación fue quien primeramente padeció tan nefasto efecto secundario. Pero yo no me dejé arredrar por la dificultad. Si bien el efecto no era permanente, ni yo fui capaz de prolongarlo más que unas horas más por medio de la concentración

del extracto y el aumento de la dosis, el rejuvenecimiento momentáneo era más que suficiente para las exigencias de la mayoría de las mujeres del círculo en que yo me movía. ¿Por qué habría de ser distinto para las circunstanciales compradoras? Por otra parte, las ventosidades, los molestos gases, siempre podían ser atenuados, aunque nunca del todo eliminados, con adecuada medicación, ya fueran hierbas o pastillas. Así que, armado con mi crema y difuminados sus efectos secundarios, acudí a varias de las grandes firmas de cosmética.

He de decir, en honor a la verdad, que en tales empresas la profesionalidad brilla por su ausencia. Al principio no me tomaron en serio. No les culpo. Debe haber una infinidad de timadores y lunáticos que tratan de introducir sus productos. Pero, tras mostrarles mis pruebas y enseñarles mi prolífico currículum, su actitud tampoco cambió. Creo que sentían envidia de mí. Un técnico estúpido incluso se permitió bromear a mi costa sugiriendo que era la hinchazón abdominal causada por los gases la que provocaba el estiramiento de la piel. ¡Payaso inculto!

Por fin di con una pequeña firma que me brindó oídos y cauces para desarrollar mi producto. Claro es que, dados sus menguados recursos, tuve que afrontar yo mismo buena parte de la inversión, ayudado por mis generosas amigas de la Asociación Católica de mi buena Nicolasa. Pero, tras dos meses de estudios y procesos fabriles, sacamos al mercado la bomba comercial: "Neovicia", que se suministraba junto con un medicamento contra el flato parecido al famoso "aero-red" pero más barato. Enseguida estaba en los mostradores de varias farmacias. No pudimos hacer una gran campaña comercial pero en el barrio de mis amigas y en la localidad de Cantimpalos todo el mundo supo de la aparición del medicamento milagroso. Se vendieron, en pocas semanas, varios cientos de botes. He de decir que a precio de coste, bien barato y no como esos prohibitivos cosméticos de engañabobos. La idea era abrirnos mercado y parecía que lo lográbamos.

Pero no fue así. Las mujeres, veleidosas y mudables por naturaleza, pronto rechazaron la juventud que se les ofrecía, con la excusa de las molestias intestinales, de las desagradables

ventosidades y del desfiguramiento de sus abdómenes, más bien deformes aun antes de cualquier prueba. ¡Ay, ingratas e ilusas! Ninguna parecía dispuesta a pagar el precio de una leve incomodidad o el uso de una faja y abundantes dosis de antigás a cambio de la tersura juvenil de su piel.

Pues tendrán su merecido, arruinándose en la compra de diminutos frascos chinos llenos de pociones con estrambóticos nombres en francés y contenidos mínimos y sin ningún efecto real. Si lo que les preocupa es presumir ante sus amigas de sus gastos en cosmética, sin duda tendrán lo que tienen. Si quieren quitarse años, ¡ay!, fracasarán, y todo por no querer usar mi poción rejuvenecedora a base de *Vicia faba*, variedad y proceso fabril patentados.

Si alguien entre el público está interesado en dar al mercado el cosmético definitivo y desea obtener pingües beneficios a cambio de lo que parece sólo filantropía, que no dude en contactar conmigo. Juntos haremos grandes negocios y mantendremos tersas nuestras pieles en un agradable ambiente de ligero gas intestinal.

Gazpachito Grogrenko
(sabio cosmético, médico, numismático y, genéricamente, esdrújulo)

SENTIMIENTOS DESORDENADOS

Luz naranja, sofá amarillo, paraíso, casas viejas, risas, silencios, secretos, miradas cruzadas, batas verdes, de cuadros, Ikea, Mc. Donald´s, Jetta, barbudo con papás, "invienno", lluvia, muñecos adoptados, gatitos, muros golpeados con piedras amarillas, bicicletas, hombres de voces graves montados en bici, paseos nocturnos, mimosas, celos, mousse de chocolate, sirenitas, tentaciones, murallas, almenas, fantasías, granadas, batidos de zanahoria, sepia amarga, motor intoxicado, amigos, amores, "Hamor", letrados, Revólver, Rosana, velas, tinta de aceite, Meroil, llamadas, confidencias, mensajes, globos, espectadoras solitarias, debates de bolsa, Peñascal, colonias empalagosas, martes tarde, hadas madrinas, sosa compañera de piso ideal, ropa prestada, visitas inesperadas esperadas, Balay, Macondo, "Si por un instante...", sombreros, La Troya, gafas perdidas, hermanos en la Edad Media, trono-mirador,

gnomos, refectorio, canciones, discos, niña, regalos, temas, oposiciones, Pinoccio, Josefina, Napoleón, Xanadú, puentes, "Un placer coincidir en esta vida...", "Esta ausencia", amapolas, amaneceres, claves, hielo con patines, Noruega, México, tortugas azules, patillas recortadas, mentiras en Leroy...y muchos más SENTIMIENTOS DESORDENADOS.
Y ya está.

Wallace

ESPECULACIÓN

Algunos dicen que cualquier sitio es bueno para vivir. Bien se nota que no han frecuentado la mayoría de los lugares que existen. Y, ciertamente, llega a asombrar que en determinados mundos y zonas climáticas puedan existir pobladores. Pocas cosas sorprenden más a un humano que el hecho de que sus congéneres sean capaces de habitar ciertas regiones. Pero más extraño aún es, quizá, el hecho de que algunos lugares espantosos no sólo encuentren pobladores sino que éstos sean colonos voluntarios, y no forzados enviados como presos o condenados a purgar sus culpas al más remoto y desagradable confín de la galaxia.

Tal era el caso de Euforia, el pequeño mundo al que Jonás dirigía a su siempre bien dispuesta Betsie. El transportista, aun antes de alcanzar su destino, ya se iba preguntando qué tendría de particular o interesante aquel lugar para que se le estuvieran dedicando tantos recursos y tanta gente importante supiera no ya de su mera existencia sino de su situación, y sintiera curiosidad por aquel lugar. Jonás no diría infernal, pero tampoco paradisíaco. Y menos aún atrayente o meramente peculiar. Tal vez el sencillo viajero y sociólogo nunca llegaría a comprender los entresijos de la mente humana. Sería más fácil, obviamente, conocer la de algunos alienígenas bastante más simples o sinceros. Y tampoco alcanzaría jamás a entender las claves de ese constructo humano tan típico, aunque compartido con muchas otras civilizaciones exógenas, llamado economía. La riqueza a Jonás le fascinaba, pero no sólo como deseo o modo de vida, sino como simple concepto. Igualmente le fascinaban las leyes del mercado y también las de la manipulación, que tan

burdamente había intentado enunciar el bueno de Pringuer siglos ha, que le resultaban tan incomprensibles como los más elevados pensamientos filosóficos o la más simple fórmula mecanocuántica que permitía el vuelo translumínico de su pobre Betsie.

Como en otras ocasiones, la excusa para viajar a Euforia fue un negocio. Era, en este caso, la única y exclusiva razón. Había que estar muy loco o muy confundido para sentir deseos de acercarse hasta aquel lugar indescriptible. Aunque entonces Jonás no sabía cómo era y, además, le pagaban muy bien por llevar a Betsie cargada hasta arriba de hermosas planchas del más puro mármol de Belchevite, tan famoso por las irisaciones provocadas en la caliza por los restos de esqueletos metamorfizados de los belchevs originales, los pobladores previos a la colonización humana. Jonás, al contrario que en otras ocasiones, había aceptado el transporte tan sólo por la pasta. De hecho no conocía nada de Euforia. No había tenido ocasión de observar en los holos la intensa campaña publicitaria que los medios le dedicaban. Sabía que era un nuevo mundo. Sabía que sus infraestructuras estaban siendo construidas a ritmo vertiginoso y había escuchado su nombre en un par de ocasiones. No sabía nada de su situación o características. Cuando supo que se encontraba en el mismo sistema de Dubnia, el gran mundo industrial, uno de los más ricos del espacio humano, le sorprendió mucho la noticia. ¿Acaso había un mundo terraformizable en ese espacio? ¿Y cómo no se había colonizado mucho antes? Dubnia estaba superpoblado y tenía dinero para eso y más. Acaso, se le ocurrió, el asunto era más complejo y los dubnios forrados de pasta se habían atrevido a construirse un nuevo mundo, o un anillo orbital, o habían transportado un mundo externo a una órbita más adecuada. Jonás pensaba en obras faraónicas, propias del esfuerzo colectivo de un pueblo poderoso. La realidad era mucho más peregrina. Más simple y previsible. Cuando Jonás, siguiendo las coordenadas que le habían proporcionado, llegó hasta las inmediaciones de Euforia, se llevó una sorpresa y una decepción. También resultó que la visita era mucho más extraña e interesante de lo previsto. Aunque sólo sirviera para constatar, una vez más y con pruebas que le parecieron concluyentes, la insondabilidad de la estupidez humana.

Al llegar a la órbita de Euforia, Jonás sintió un poco de miedo. Tal vez había confundido las coordenadas, tal vez Betsie se había equivocado y se encontraba perdido en el espacio. Nada serio, en todo caso. Bastaría con moverse hasta encontrar alguna referencia visual –planeta, constelación, galaxia- que permitiera a la computadora central descubrir su posición y realizar un nuevo salto –si era una cuestión de improbable avería, la cosa se pondría más seria, salvo que pudiera mandar un dudoso S.O.S.-, pero Jonás estuvo inquieto durante unos minutos. Porque se encontraba en el espacio abierto, sin ningún planeta o satélite reconocible. Jonás conectó los sensores a mayor distancia y comprobó que la lejana estrella que brillaba tenuemente y más allá de lo que alcanzaba su horizonte visual era la de Dubnia y que Dubnia3, como también le confirmó Betsie, estaba siguiendo su órbita esperada a unos doscientos millones de kilómetros de la estrella. Dubnia3, Dubnia a secas, era el planeta habitado, megarrico, hiperdesarrollado y, al parecer, tan absolutamente demenciado como para permitir que se colonizase su gran compañero: Euforia. Y es que Betsie estaba en el lugar correcto, a la distancia adecuada de ninguna parte. Pero no había rastro de planeta. Jonás mandó mensajes en todas direcciones, enfocó el radar hacia todas partes. Pero no había ningún objeto de más de cien kilómetros de diámetro a menos de cien millones de kilómetros de distancia. Jonás enfocó la radio hacia el remoto punto donde se encontraba Dubnia y pidió información y ayuda. Como la respuesta, caso de llegar –era más probable alguna pregunta, petición de identificación o saludo previo-, tardaría sus buenos veinte minutos en alcanzar los receptores de Betsie, Jonás siguió explorando el espacio alrededor. En caso de que el contratista se hubiera confundido en las coordenadas prefijadas, a Jonás le habría hecho la pascua, porque tendría que volverse a desplazar y gastar más combustible y tiempo. Ya le pediría una indemnización, ya…

-Nave de transporte Betsie, aquí base de Euforia. ¿El señor Fresasconnata? Le tenemos localizado y hemos captado sus transmisiones.

¡Vaya! Esto sí que era nuevo. Él no veía nada, ni Betsie captaba nada y en menos de un santiamén alguien había recibido su

mensaje y lo había contestado. Puesto que no había tardado ni diez segundos, debía de estar prodigiosamente cerca, lo cual parecía imposible. Por la mente de Jonás empezaron a surcar peregrinas imaginaciones acerca de mundos ocultos o invisibles fabricados por la sofisticada tecnología dubniana y a cambio de un dineral. Pronto la voz lo sacó de su error.

-Señor Jonás Fresasconnata, hemos sido avisados de su llegada por el proveedor. Lo estábamos esperando. Las coordenadas son correctas. Enfoque sus sensores a punto tres, por favor. Ajá. Lo tenemos fijado en nuestro haz tractor. Puede desconectar los sistemas de propulsión. Bienvenido a Euforia.

Jonás había obedecido, pero no se quitaba de encima la sorpresa. Pidió información a Betsie, contento, no obstante, de no haber confundido las coordenadas ni tener avería alguna. Y la respuesta de la computadora lo dejó aún más sorprendido y confuso: la señal recibida procedía de una especie de patata de siete kilómetros de diámetro mayor y apenas tres de grosor. Un cuerpo irregular, rocoso, parecido a un polvoriento queso Masdam lleno de enormes agujeros. Un lugar a todas luces despreciable y deshabitado. Un asteroide de órbita excéntrica y composición despreciable hasta para el más animoso de los mineros orbitales. Una roca informe a una inconmensurable distancia de su Sol y del lugar civilizado más próximo. ¿Qué podría tener de interesante aquel trozo de piedra para que alguien, siquiera un demente, se pudiera plantear colonizarlo? La respuesta, que obtuvo bastante más tarde, fue que nada. O todo. Dependía de cómo se mirase. Desde luego, como negocio, como ejemplo de la incomprensible economía humana, era un auténtico pelotazo de maestro. El vendedor de humo responsable de todo aquello había hecho el negocio del siglo a costa de los incautos.

Pese al pequeño tamaño de aquella cosa, el espaciopuerto, sin embargo, era realmente impresionante. Se trataba de una enorme bóveda de casi medio kilómetro de diámetro, descomunal para aquel cuerpo diminuto y asombroso en cuanto al tráfico de vehículos habida cuenta de las soledades en las que se encontraba. Jonás dejó hacer a los operarios y descendió, dispuesto a rellenar los documentos de entrada y descarga. Fue acompañado por un técnico que, por su

uniforme, parecía un general de la Armada Orbital. Las paredes del recinto eran incongruentemente lujosas. Desde lejos parecían estar labradas en un mármol, o era fibroplástico, casi tan lujoso como el que Betsie portaba en sus repletas bodegas. La sala de recepción era un auténtico palacio, digno de los césares. Absurdamente grande y hermosa para un simple espaciopuerto marginal.

Pero es que todo era monumental en Euforia. Aquella patata polvorienta contenía en sus escasos setenta kilómetros cúbicos de volumen más riquezas que muchos planetas que Jonás había visitado. La irregular superficie del asteroide nada tenía que ver con su interior. Toda la patata orbital que era Euforia estaba excavada en una multitud de túneles y bóvedas comunicadas entre sí. Era una auténtica cueva de Alí Babá, depósito de innumerables riquezas, habitada por una abigarrada multitud cuyo aspecto general era más principesco que el que cabía esperar de los ladrones del cuento. Aunque ladrones, de guante blanco, traje y tarjeta VIP, debían de ser casi todos ellos, salvo quizá los operarios que mantenían en funcionamiento aquella ridícula grandiosidad.

-Su hotel es el Delectación, en cuanto realicemos la descarga podrá ir allí a descansar. Más tarde se pondrá en contacto con usted un representante del señor Babangida para concluir la transacción. ¡Feliz estancia en Euforia!

Aquel untuoso profesional molestó un tanto a Jonás, cuyo mono de trabajo desentonaba demasiado con las omnipresentes libreas, tan lujosas que le hacían sentir como un mendigo ante un palacio. Siguiendo el leve gesto del encargado, Jonás se dirigió a la cinta transportadora. Allí preguntó por el hotel a una hermosa joven tras un mostrador de información.

-¿El hotel Delectación? –preguntó la muchacha, cambiando su sonrisa blanquísima por un mohín extraño- No es uno de los mejores, ¿sabe? –le dijo a modo de confidencia, lo que explicaba el gesto de desagrado- Debe tomar la cinta ocho hasta la segunda plataforma, o bien un taxi directo, pero quizá el coste le parezca desorbitado.

Jonás le preguntó a la "princesa" por el precio del taxi, ya que dudaba de su solvencia económica. Cuando oyó el tres pensó que era un poco caro. ¡Tres créditos por una carrera que, sin duda, debía

ser cortísima! Las distancias en Euforia no daban para mucho más. Pero la máxima sorpresa vino cuando al primer tres le siguió la palabra "cientos", a modo de conclusión, seguida del infalible "créditos" que sumió a Jonás en la más completa congoja: ¡trescientos créditos por una carrera en taxi! Aquello era desorbitado. Pero claro, si la chica de información podía haber sido top model en otro planeta –era bellísima y educada- y vestía como una auténtica reina, con un lujo impropio de una simple recepcionista, a Jonás ya no le iba a sorprender que el taxista fuera mariscal. Así que, agradeciendo con cara de imbécil la información –y contento por no tener que pagarla- se dirigió a la cinta transportadora y observó, entre admirado y humillado, el aspecto de los taxis, que parecían más bien lujosos carromatos dorados, más congruentes en una fiesta dieciochesca que formando parte del transporte urbano contemporáneo. Euforia, además de extraño, comenzaba a parecerle un lugar demasiado fuera de sus posibilidades. Y Jonás empezaba a vislumbrar, al respecto, cuál era la causa y motivación que había conducido a que una roca en órbita se convirtiera en gran centro social: la inmensa estupidez de la humanidad en general y el ansia de riqueza de algunos listos en particular.

Uno tiende a pensar que cada objeto, cada servicio, posee un valor intrínseco. La comida, la ropa, el combustible, la información, poseen un valor determinado. Marcado por el mercado, con su ley de oferta y demanda, sí, pero concreto y tangible en sí mismo. Si alguna vez había sospechado que no era así, Euforia supuso la confirmación de todas sus dudas acerca de la objetividad de ese valor.

El hotel Delectación era un prodigio de arquitectura barroca y recargadísima. A él le pareció feo, una representación del característico mal gusto que se confunde con ostentación. Pero era inmensamente lujoso, tanto por fuera como por dentro. ¡Y la joven le había dicho que no era de los mejores! Jonás no quiso ni pudo imaginar cómo de lujosos habrían de ser los hoteles que se consideraran buenos por esos lares.

Por fortuna, el señor Babangida se había tomado bastantes molestias para su empleado. Aunque lo más seguro es que al tal empresario le resultase por completo desconocido el nombre y la

existencia del señor Fresasconnata y hubiera sido un empleado eficiente quien hubiera contratado su estancia en Euforia. Jonás fue repentinamente consciente de que su simple alojamiento en aquel lugar era infinitamente más caro que el salario que se había llevado pro el transporte. Más tarde supo que no era un coste real, pues el hotel era propiedad del contratista. No obstante, Jonás se sintió sumamente agradecido por la habitación donde lo alojaron. Un poco pequeña, le dijeron a modo de disculpa en recepción, pero a él le pareció el colmo del sibaritismo. Aquellos mentecatos no sabían, o les obligaban a olvidar ante los clientes, que prácticamente toda la humanidad habitaba en cubículos de muy inferior calidad que el que a él le cedían. Se sentía abrumado e impresionado, a la par que confundido. Como un colono de un mundo rústico que, por cualquier razón, tiene la fortuna o desgracia de visitar un mundo tecnológico y urbanita. Ciertamente, consideró una verdadera fortuna que su Betsie contara con conversor de alimentos y una buena bodega de carga porque ya se veía trayéndose algo de comida desde la nave para zampársela entre todos aquellos lujos. Sólo más tarde se enteró de que su cliente le había proporcionado varios vales y pases para algunos de sus restaurantes y locales. Durante dos días que iba a durar su estancia contaba con un crédito indefinido a pensión completa a costa del contratista. Estaba dispuesto a aprovecharlo y a disfrutar al máximo de su visita, tanto en cuanto a diversiones como recabando información de aquel mundo extraño. Y que le dijeran que su paquete sufragado por Babangida era uno de los más baratos de los que se estilaban en Euforia. Jonás nunca había conocido un lujo mayor que el que estuvo a su disposición mientras se realizaba la transacción comercial: mármol a cambio de dos días de vida padre. Realmente aquel derroche era increíble y, si sus lujos eran los más limitados de Euforia, no podía imaginar cómo era la vida del visitante habitual o el ciudadano medio del asteroide.

Un transportista como él no estaba acostumbrado a contar a su entera disposición con un brazalete guía, un androide de protocolo que le servía de cicerone y ayuda de cámara, con sala de relajación completa –lo ultimísimo en descanso de lo que Jonás había oído hablar-, acceso a la bañera sónica, pases para piscina y cócteles, acceso al casino y sus actuaciones, visitas guiadas a los puntos de

interés turístico y las comidas más lujosas en los restaurantes más sofisticados que el transportista había visto en toda su vida. De haberlo sabido antes, hasta habría aceptado realizar los portes gratis. ¡Y pensar que había gente que vivía allí constantemente!

Al principio aquello le causó cierta sensación de envidia. Luego no tanta, y terminó por sentir una vaga lástima por los "desgraciados" que pasaban sus vidas indolentemente en aquel lugar. Fue cuando le asaltó el aburrimiento, lo que, casualmente, sucedió tras estudiar la breve historia de aquel asentamiento humano y observar la publicidad de holovisión que no había tenido de curiosear antes de su viaje. De todo ello dedujo las razones de la construcción de Euforia y obtuvo la liberadora sensación de que los habitantes de tan lujoso asteroide eran unos imbéciles snobs –el segundo término no se entendía sin la estricta identificación con el primero- que malgastaban sus vidas y sus fortunas en una rutina vacía de contenido. ¡Y encima habían usado como reclamo publicitario al impresentable de Julius Cathedrals! La prejuiciosa opinión de Jonás ante todo aquello remotamente relacionado con tan famoso personaje habría resultado difícil de racionalizar, no obstante lo cual, el éxito de Euforia sí que era fácil de interpretar como un triunfo de la más soberana estupidez pomposa.

El señor Julius Cathedrals vivía en Euforia desde hacía seis meses, que era el tiempo que llevaba existiendo la ciudad. El famoso actor y cantante había sido durante todo ese tiempo –y aún lo seguía siendo- la imagen visible de Euforia para cualquier posible cliente. Y no cualquier persona, bien lo sabía Jonás, podía ser cliente en tan exclusivo mundo. De hecho, además del habitante más famoso, el señor Cathedrals era estrella fija en los casinos de Euforia, con un contrato de por vida para actuar, con periodicidad, en los mejores locales del lugar, seguramente a cambio de grandes beneficios.

Y es que la historia de Euforia era breve, previsible y no por ello menos sorprendente. Euforia siempre había estado en el sistema de Dubnia desde que el hombre lo colonizó. Jonás hasta pudo ver, mientras investigaba, un par de fotos del asteroide antes de su salto a la fama. Por entonces se llamaba DB-308, lo que sugería que debían de existir muchas otras Euforias bien cerca de la patata en la que se encontraba. La cuestión era que a algún avispado empresario y

promotor inmobiliario de Dubnia se le había ocurrido que aquel asteroide tenía grandes posibilidades. Jonás no pudo determinar quién fue el responsable de la idea ni quién había aportado la pasta para llevar el asunto a buen término. Tan sólo había tras Euforia una sociedad anónima bajo el nombre de Euforia Promociones Inmobiliarias. Seguramente no era sólo un ricacho el que andaba tras aquello. Aunque Jonás, sin ser especialmente ducho en esos asuntos mercantiles, bien podía imaginar que Euforia pertenecería a alguna compañía minera cuyo responsable, consciente de su inutilidad, le había buscado otro uso. Convertir lo vulgar en exclusivo es un buen recurso para obtener plusvalías. Y los responsables de Euforia, conscientes de que el espacio de Dubnia ya contenía cientos de ciudades orbitales en torno del planeta madre, además de colonias situadas en algún satélite, incluidos los de dos de sus gigantes gaseosos, tanto ciudades mineras como otras turísticas o de aprovisionamiento para el transporte, habían decidido dar un uso diferente a Euforia. Aquel mínimo asteroide irregular iba a convertirse en el lugar más chic del sistema, tal vez de todo el espacio humano. Y, obviamente, Dubnia era un mundo lo bastante grande como para podérselo permitir. Para ello había que convertir Euforia en algo diferente: horadar todo su interior, llenar sus bóvedas de lujo y buen gusto, dotarlo todo de diversiones, convertir el nuevo mundo en un paraíso fiscal y, ante todo, atraer a lo más granado de la jet set, haciendo comprender a sus miembros que Euforia era el mejor sitio para vivir, disfrutar, ahorrar impuestos y mezclarse con lo más exclusivo de la buena sociedad planetaria. Jonás recordaba el ejemplo de la famosa Montecarlo en la Antigua Tierra: poco más que una roca frente al mar sin más atractivos que algunos paisajes mediocres, lugares de diversión, bancos y ventaja fiscales y, ante todo, la presencia constante de la alta sociedad europea, dispuesta a alardear de su dinero derrochándolo a manos llenas en los garitos y locales de la ciudad. Euforia, en ese sentido, presentaba ciertas ventajas y varios inconvenientes. Por una parte, contaba con la ventaja de la distancia: estaba lo bastante lejos de Dubnia y su administración como para que la Hacienda planetaria no se inmiscuyera apenas en los asuntos del asteroide. Asimismo, esa distancia y los costes del transporte,

reducían considerablemente la presencia de advenedizos y turistas deseosos de observar la riqueza ajena. A Euforia había que ir adrede y por buenos motivos. Era un lugar que sólo visitarían los que recibieran permiso expreso para hacerlo. En el lado negativo, también varios inconvenientes: grandes infraestructuras, sobre todo en cuanto a generadores energéticos y sistemas de habitabilidad, eran necesarios para su acondicionamiento. Y todos los materiales debían ser importados a elevado coste, aunque esto último hacía el lugar aún más exclusivo, así como todos los suministros. Por otra parte, había que convencer a los millonarios de que Euforia era un lugar mejor para residir y gastar sus créditos que cualquiera de los otros lugares a que podían tener acceso en todo el espacio humano. ¿Qué ventajas tangibles podía presentar una patata flotando en el vacío con respecto a alguno de los grandes y hermosos mundos turísticos que existían? Objetivamente, pocas, por no decir ninguna. Pese a la gravedad artificial, el lugar resultaba más incómodo, y claustrofóbico en cierta medida. Ni siquiera había espectaculares vistas del espacio –novas, galaxias brillantes o un cielo poblado de luces hermosas- que animasen a asomarse a la superficie rugosa del asteroide. Así las cosas, por mucho que se invirtiera en Euforia no parecía que el negocio fuera seguro.

Aquí es donde entraron en juego la publicidad, el marketing, el señor Julius Cathedrals y otros iconos menores. Todo ello bien mezclado con buenas dosis de la inevitable estupidez humana. La publicidad se encargó de presentar Euforia como un paraíso. Al parecer el señor Cathedrals, ya mayor y deseoso de apartarse, en cierta medida, del mundanal ruido, había sido convencido por los gestores para retirarse a Euforia a cambio de su participación en el proyecto. ¿Qué había convencido a Cathedrals para apoyar el proyecto? La pasta, sin duda. Aunque había algo más, igual que para convencer a todos los que llegaron detrás. Eran innegables las comodidades que Euforia alojaba, los lujos sibaríticos que ponía a disposición de sus habitantes y visitantes. Pero eso no era suficiente. Lo que convertía a Euforia en verdaderamente exclusivo fue lo que en principio debía haber constituido la mayor limitación de Euforia: su aislamiento y su tamaño. Por primera vez en mucho tiempo, al margen

de las inevitables apreturas a que obligaban los elevados costes del transporte en las naves interplanetarias, la humanidad volvía a comprender la importancia de las limitaciones espaciales. Desde su salida de la Tierra, con el desarrollo del viaje espacial, las ideas de falta de espacio y superpoblación carecían de sentido. Existían mundos escasamente poblados y otros que lo estaban densamente, pero nunca había apreturas, ni faltas graves de recursos, al menos en los mundos humanos civilizados. Bien es cierto que la localización seguía siendo importante, y en las grandes urbes se seguían pagando cifras astronómicas por ocupar unas habitaciones en la zona más céntrica y comercial, en los barrios altos. Y esta circunstancia se aprovechó al máximo en Euforia.

Con la imagen de Julius Cathedrals haciendo gorgoritos en mitad de su hermosa finca en Euforia, se transmitió la idea –a la población en general, aunque el mensaje sólo debía calar en los potentados que se lo pudieran permitir- de que la élite, como población limitada que ocupa la cúspide social, también ocupa un espacio único y reducido donde no hay sitio para todos. Eso era Euforia: el espacio exclusivo de la élite, un lugar remoto y diminuto donde no había sitio para todos, sino sólo para los más encumbrados. Y, habida cuenta de la escasez de espacio en Euforia, quien tuviera una gran posesión en tal lugar, o la fortuna de poder habitar en sus hoteles o apartamentos, debía ser, sin lugar a dudas, un miembro destacado de la élite. A Euforia no llegaban pobretones, solo la creme de la creme.

Ésa era la idea y la idea caló. Igual que había lujos equiparables en otros lugares del espacio humano, sólo en Euforia –al menos hasta el momento, y aun cuando la idea se extendiera mantendría la ventaja de la prioridad- era realmente valioso el espacio, por cuanto que era increíblemente limitado. Sólo veinte mil personas podían habitar en Euforia. Sólo cinco mil podían mantener mansiones con varias habitaciones. Sólo doscientas, igual que Julius, tenían mansiones con jardín. Y ninguno era propietario. Todos los terrenos estaban en alquiler y la gestora de Euforia percibía enormes beneficios mensuales por las cuotas y los inmensos gastos de los habitantes del pequeño mundo. Los exprimían bien, por supuesto, y ellos estaban felices por poder alardear de su posición social y sus

derroches. Todos en Dubnia, y aun en otros mundos distantes, soñaban con ser tan ricos como para vivir en Euforia, siquiera como para visitarla en calidad de turistas, por unas horas o unos días. Ser capaz de costear una estancia en Euforia y de volver a tu mundo con un chip o una holotarjeta personalizada de Euforia era un signo de incomparable distinción social, un marchamo de excelencia, de exclusividad, de elitismo.

¿Ridículo? Quizá sí. A Jonás se lo parecía. Pero funcionaba. Y la economía del asteroide, pese a sus elevados costes de mantenimiento, era de lo más boyante. Con diversos nombres, como pudo comprobar Jonás al avanzar en su nada minuciosa investigación, la sociedad gestora del asteroide, Euforia Promociones Inmobiliarias S.A., tenía prolongaciones comerciales e inversoras en multitud de mundos, en todas las parcelas de la economía o, lo que es lo mismo, del poder. Si la humanidad era estúpida, al menos varios de sus representantes eran lo bastante listos como para aprovecharse de ello y llenarse los bolsillos a manos llenas.

Y claro, la parafernalia alrededor de Euforia era enorme. La publicidad proseguía, con grandes costes. Euforia entregaba premios en todas las artes, sorteaba estancias para gente humilde, contrataba los mejores –o más caros- artistas, se apuntaba a los mayores lujos, incorporaba los más recientes avances tecnológicos, las modas más novedosas. Y contrataba gente exclusiva: los recepcionistas eran los mejor educados y hermosos, modelos femeninos y masculinos de inmejorable formación académica, los taxistas eran excorredores de pruebas de velocidad y habilidad, los aduaneros oficiales retirados, los relaciones públicas actores, los pilotos de las aeronaves, héroes de batallas espaciales, los meros técnicos y operarios, ingenieros de mérito. Y todos cobraban sueldos astronómicos que les permitían habitar en Euforia, en la zona de servicios, en habitáculos menos lujosos que los de la clientela, semejantes al "miserable" hotel de Jonás. Y claro, un visitante como él, recibía un trato parecido al de cualquier empleado. En Euforia sólo estaban los mejores, los más perfectos. Y, por más que hicieran tareas rutinarias y triviales, por más que, en sentido estricto, para muchos de los cinco mil empleados de Euforia, su trabajo en el asteroide fuera, en un cierto sentido, un

retroceso profesional, todo el mundo deseaba alcanzar ese dorado retiro.

Bueno, no todos. Jonás, aunque se sintió deslumbrado por todo aquello al principio, pronto se cansó. Su investigación al respecto también le hizo ver todo con ojos distintos. Decidió que aquel mundo estaba hueco en un sentido distinto del literal. Era un mundo para ociosos, en el que no había verdaderas aspiraciones. Un sumidero de recursos planetarios que podrían haberse empleado en otros fines. Una tumba de talentos. Y Jonás, al cabo de unas horas, se sintió un tanto hastiado de todo aquello. Realizó, eso sí, el recorrido turístico que lo llevó al lago Esmeralda, donde permanecían atracados los lujosos yates sin espacio para navegar o siquiera moverse, vio las playas doradas –cuya arena estaba hecha, literalmente, con polvo de oro-, en las que no pudo bañarse –su bono de acceso sólo incluía los lugares comunes-, visitó el lujoso Parque de las Maravillas, recargado de arte y monstruosidades entre la vegetación exuberante. Por la noche fue a cenar a otro restaurante de los que se suponían de segunda y visitó uno de los casinos. En el de al lado, para el que no tenía acceso, actuaba Julius Cathedrals, al que tanto aborrecía y a quien tuvo ocasión de ver de lejos al bajarse de su aerodeslizador privado. Y, finalmente, se fue a dormir en su lujoso cuarto.

Al día siguiente fue llamado a las oficinas del señor Babangida, donde una espectacular secretaria de rasgos orientales le pagó en mano sus servicios y le preguntó amable e impersonalmente por su estancia. Jonás indicó vagamente que había sido muy agradable, pero se cuidó de no mostrar gran emoción. Tal vez esperaba que la joven le preguntara si estaría dispuesto a trabajar permanentemente con ellos. Jonás, durante una noche llena de ensoñaciones pero en la que apenas durmió, se había imaginado esa situación y a sí mismo respondiendo, con cierta displicencia, que agradecía mucho la oferta pero no le gustaba demasiado el lugar. Obviamente, no tuvo ocasión de rechazar una oferta que no se produjo. Jonás salió un tanto desencantado de las oficinas, sintiendo que no era lo bastante bueno como para que le ofrecieran un puesto en aquel lugar de fábula, por más que a él no le gustara –o eso se repetía desde la tarde anterior-. Luego, desde la cinta transportadora que lo llevaba de vuelta al hotel,

fue observando los impresionantes paisajes abovedados, con una mezcla de desprecio, envidia y admiración. Recogió todo de su habitación y se aseguró muy mucho de no demorarse ni un segundo por allí, no fueran a cargarle en su propia cuenta –demasiado magra para permitírselo- lo que hasta ahora había costeado el generoso Babangida. Salió del hotel, tomó la cinta hasta el espaciopuerto, arregló los papeles de la partida y se subió a Betsie –la habían limpiado y revisado de arriba abajo- dispuesto a despedirse de Euforia, el lugar más lujoso del universo conocido. Lugar de derroche, ostentación y pecado. Lugar elitista que representaba todo lo odioso que para Jonás incluía el capitalismo dominante. Pero se fue triste, melancólico, consciente de que, posiblemente, nunca en su vida tendría la oportunidad de volver a pisar el suelo de aquel asteroide, el lugar más exclusivo del universo conocido.

Poco a poco se fue alejando de Euforia, con destino a cualquier lugar del espacio vulgar. La melancolía fue diluyéndose, pero las sensaciones seguían siendo extrañas. Le costó Dios y ayuda resistir la fuerte tentación que le asaltó de escuchar aquella famosa canción de Julius Cathedrals –que nunca le había gustado-, "Un gran hombre", la que decía "Hoy me siento importante porque tengo lo que valgo". Menos mal que sus principios le impidieron ponerla, así como reconocer que, por ridículo que fuera el lugar, deseaba regresar a Euforia y vivir en una de sus grandes mansiones.

Juan Luis Monedero Rodrigo

INTELIGENCIA COERCITIVA

He vuelto a superarme. Lo admito, sin falsa modestia. Es lo que tenemos los genios que, casi sin quererlo ni darnos cuenta, trascendemos lo vulgar para rozar lo divino, nos convertimos en más que simples humanos y somos capaces, con nuestro talento, de hacer avanzar a marchas forzadas a esta nuestra perezosa humanidad, tratando de trascender, a la vez, la propia especie.

No espero el agradecimiento de la plebe. No siento interés por los ignorantes, más que como herramientas. En realidad no espero ningún aplauso, popular o elitista, pero sí confío en que algún lector

avisado, prudente e inteligente, se decida a colaborar conmigo. Con su ayuda –realmente necesitaría la de unos pocos, no demasiados-, podríamos cambiar el mundo, conquistarlo y reconducirlo a través de mis ideas superlativas.

Mi idea original pretendía ser tan sólo un instrumento para conseguir dinero y celebridad. La meditación, el desarrollo del concepto en todas sus posibilidades, me ha hecho modificar mis insignificantes planes para darles un sentido más profundo: si puedo y quiero, cambiaré el mundo.

La idea, como casi todas las que son grandes de veras, surgió a partir de algo bien pequeño y, en apariencia, intrascendente. Se me ocurrió escribir un libro de autoayuda con el que mejorar mis ingresos, que por aquel entonces, enfadado con mi madre y carente de sus recursos, eran más bien magros. Consciente del éxito de libros acerca de la inteligencia emocional y social, de filosofías para vivir mejor o sobre robos de queso, tuve la ocurrencia genial de que, si uno desea algo realmente, tiene dos opciones, que no siempre aseguran el éxito. La primera es esforzarse de veras para alcanzar el objetivo. Pero el trabajo duro no siempre nos acerca al triunfo. La segunda, más interesante, es convencer u obligar a alguien a que nos proporcione aquello que ansiamos. Esto debe hacerse partiendo de tres premisas tan obvias como seguras: que lo ansiado sea factible, que el sujeto esté en posesión o disposición de dar, y que desee o se vea obligado a hacerlo. Fue así como, igual que un fogonazo iluminador, se me presentó el título de mi maravilloso tratado: "Inteligencia coercitiva", o de cómo obligar a los demás a que hagan lo que nosotros deseamos.

Dicho así, parece cosa sencilla, pero no lo es tanto. Porque, ¿cómo puede hacer uno que los demás lo obedezcan? Aquí, amigos míos, cuentan la inteligencia y la más depurada de las técnicas. De ahí el adjetivo: coercitiva. No basta con pedir amablemente o suplicar. Así lograremos favores, pero los favores se entiende que deben ser devueltos. Hay que exigir, ordenar, hacer comprender al otro quién tiene el mando y obligarle a obedecer. No debe hacer las cosas por gusto o educación. Nos debe respetar, obedecer y, preferiblemente, temer.

Para depurar mi técnica me fueron de gran ayuda las lecciones del insigne Grogrenko acerca de psicosociología deconstructiva y disruptiva y mi estancia durante tres meses en el campamento paramilitar "Forja de hombretones" del señor Juliano Obturado, militar retirado y puntual colaborador, tiempo atrás, de esta revista.

Lo ideal es ejercitar la prepotencia mezclada con el mal humor. Con tal combinación, es fácil esgrimir nuestras amenazas. No conviene ser brusco. Si lanzamos, como un farol, la mayor amenaza desde el primer momento, nuestra capacidad de control se verá mermada ante la imposibilidad de apretar aún más las tuercas. Es esencial el autocontrol, como lo es el tacto. Uno puede acercarse a su presa-víctima solicitando su "favor" de un modo agresivo. Para ello son ideales las disyuntivas que plantean un condicionante de cumplimiento necesario salvo que el ordenado quiera asumir una nefasta consecuencia. Un ejemplo claro, aunque un tanto burdo, sería decirle que haga lo que le pedimos o le pegaremos un tortazo. Del tortazo se puede pasar a una patada, una paliza o recurrir a armamento más o menos pesado, contundente y doloroso. Si queremos que nuestras amenazas no sean vanas, conviene que la ejecutemos antes de plantear una nueva dicotomía de consecuencias aún más violentas y drásticas. Si a tu víctima le rompes una mano a martillazos, es probable que no eche en saco roto tu siguiente petición ni la advertencia que la acompañe. Debemos demostrar quién es el que manda y quién el que debe obedecer, quién tiene el poder y quien la obligación. La comprensión y la fe brotarán, como por arte de magia, a partir de la acción. ¡Qué gran verdad es ésa de que la letra con sangre entra! A partir de nuestra primera coerción, no debemos flaquear. Hemos de crear un círculo de súbditos obedientes y establecer firmes alianzas con otros individuos poderosos que merezcan nuestro respeto, en tanto no seamos capaces de coaccionarlos y someterlos a nuestro yugo.

Así, poco a poco, un alumno aplicado puede convertirse, por poner ejemplos sencillos, en director de una empresa, en tirano de una república bananera o en amo del mundo.

No voy a desvelar aquí los pormenores de mi técnica conductista, la fuente de mi poder y, espero, de mis florecientes ingresos casi inmediatos. Necesito un editor y también un mecenas que me proporcione los recursos iniciales para acceder a las herramientas de coerción progresiva que me conduzcan al éxito. Obviamente, mi tratado no está completo. Ello por dos razones. La primera, que la profundidad de la investigación aún no ha alcanzado su máximo desarrollo y confío en obtener aún más impresionantes herramientas y resultados. La segunda, que me reservo para mi uso personal las armas más poderosas de dominio. No soy un simple que ponga en manos de actuales clientes y posibles rivales futuros la clave de mi propia derrota.

Soy un genio, ¿verdad que sí? Por el momento podéis envidiarme y adquirir mi monumental tratado para medrar en vuestras miserables existencias. En el futuro, me adoraréis como a vuestro líder supremo. Entonces seréis felices, entretanto, disfrutad de vuestra mediocridad.

Narciso de Lego
(futuro gobernante de este pequeño mundo y, quizá, del universo restante)

¿DÓNDE QUEDA EL GLAMOUR?

Siempre me ha parecido una cosa muy tonta eso del glamour. Igual que me parecen estúpidos los ídolos o el carisma. No imaginaba que podría llegar a echar de menos eso que se llama glamour, ese "buen gusto", esa "nobleza", ese "tronío", ese "empaque" de la "alta sociedad".

La "alta sociedad", sí, y los "barrios bajos". Términos que hablaban de dinero, de posición social y de una localización física que en el pasado era real, cuando los nobles se guarecían en la alta fortaleza central y los arrabales de su base eran la residencia de los humildes. Es curioso cómo ahora uno puede revolcarse por el barro y seguir perteneciendo, supuestamente, a esa clase alta, a la "crema", la "jet", los "vips" o cualquier absurdo término con el que se quiera remarcar la diferencia.

Uno tiende a pensar que la alta sociedad está llena de encanto, que sus miembros poseen un atractivo especial, un magnetismo peculiar, un "je ne sais quoi" que los hace maravillosos a ojos de cualquier observador. Quizá en sus rasgos, en sus gestos o mohínes, puede uno vislumbrar su grandeza de carácter, su superioridad innata que los ha colocado –en lo material y lo espiritual- a años luz del común de los mortales.

Al menos, durante mucho tiempo, ésa es la imagen de la alta sociedad que se nos ha transmitido a nosotros los vulgares. Revoluciones burguesas o proletarias aparte, quedaba ese deje de admirativo misterio al contemplar la torre de marfil de los ricos y famosos. Uno quería formar parte de esa oligarquía, siquiera como nuevo rico, aunque en el fondo sabía que jamás podría parecerse a sus miembros verdaderos. Los miembros de la élite se preocupaban muy mucho –y algunos de ellos todavía lo hacen- de mostrarse admirables y superlativos. Y la prensa que se dedicaba a describir su mundo de maravillas soñadas, de cuento de hadas, hacía lo posible por mantener tan idílica imagen. Las "notas de sociedad" eran una sección respetable, bien que generalmente aburrida, de cualquier periódico, al margen de alguna salida de tono del periodista o del famoso que quedaba perfectamente reflejada en el papel, ya fuera como desdoro en el blasón del famoso o como pulla malintencionada del avispado cronista. Pero, hasta esos escarceos con lo imperfecto, poseían cierto encanto, demostrando a la plebe que aquéllos a los que adoraba también eran seres humanos.

Pero, ¿qué queda ahora de esos tiempos del Hollywood dorado, de la Costa Azul, de Mónaco, de reuniones de balneario o a la sombra de los monumentos de la vieja Europa? Bien poco, me temo. El glamour ha muerto, ahogado en caspa y mugre. Ha desaparecido todo resto de encanto, por más que se pretenda mantener en una frágil superficie de apariencia. Los famosos se han convertido en famoseo y la "dolce vita" en infame negocio con el que cuatro imbéciles y una corte de aduladores, de muertos de hambre –literal, o figurada en ese deseo insano de notoriedad a cualquier costa- y de aprovechados de toda índole han transformado las otrora elegantes notas de sociedad en insufrible prensa a caballo entre el rosa y el amarillo. Ya

no hay buen gusto en los periodistas y cualquier famoso que lo conserve, aunque sea un gusto mutado y atrofiado, huye de ellos como de la peste. Ya no hay vergüenza ni intimidad, sólo pasta y oportunidad. Los pimpollos de cuna y los que han labrado su imagen han salido de sus nichos y han entrado en el circo. Ahora la alta sociedad está casi a ras de suelo y cualquiera puede soñar con convertirse en parte integrante de la misma, o de lo que algunos entienden por ella. Cualquiera puede tener su instante de gloria en el nefasto espectáculo. Haga el ridículo o airee sus vergüenzas en público, ante supuestos informadores que son sólo hienas ávidas de carnaza, y será famoso, o "famosillo". El glamour ha muerto, señores, ¡viva la caspa!

Juan Luis Monedero Rodrigo

EXTINCIÓN

Las audiencias estaban bajo mínimos y el programa se encontraba al borde del abismo, a punto de ser eliminado de la parrilla televisiva. Justo entonces ocurrió la "desgracia" y todo cambió, a mejor o a peor según para quien.

El programa no era ni mucho menos original. Con el rimbombante título de "Sobrevive", habían hecho una burda copia de un famoso *reality-show* que había gozado de mucho éxito varios años atrás. El formato había sido abandonado, seguramente por la falta de audiencia, una vez quemadas las mejores temporadas. Hasta que a una luminaria de la cadena se le había ocurrido la idea de modernizarlo y remozarlo antes de colocarlo de nuevo en antena a reverdecer laureles.

Se trataba de un concurso en el que una panda de tipos más o menos impresentables y aguerridos se veían obligados a subsistir por sus propios medios durante una temporada en la selva. Había dos cuadrillas o equipos que parecían diseñados para que sus miembros no fueran capaces de entenderse y así tener vistosos conflictos dentro de cada grupo y entre los dos. Se les planteaban misiones de las que dependía que recibieran recursos externos, debían superar pruebas individuales y colectivas. Y, como si aquello fuera la legión o el cuerpo

de marines, se les sometía a severa disciplina de la que debían salir fortalecidos, como héroes de pacotilla. Allí había exsoldados, aficionados a los deportes extremos, aventureros, supuestos enamorados de la naturaleza y, en general, locos de toda índole que respondían al arquetipo de Rambo de tres al cuarto, más entre el asocial o el inadaptado que próximo al modelo del perfecto boy-scout.

Con tales mimbres, la productora se prometía un éxito seguro. Con mezcla de sufrimiento, dolor, esfuerzo, cooperación, amistad, espíritu de superación y todo tipo de disputas de verdulería o patio de colegio seguidas, en muchos casos, por auténticas peleas a puñetazos. Las armas de fuego y blancas estaban prohibidas, claro está. Y los valientes dependían de su esfuerzo, de su habilidad y de su talento para buscarse las castañas. El problema esencial era la falta de este último, lo cual convertía al concurso en un imposible. Y las audiencias, deseosas de carnaza, preferían ver el Hermano Supremo, Operación Estrella o cualquier programa de despellejamiento sistemático de famoso o aficionado por parte de una cuadrilla de buitres pseudoperiodísticos.

Tras dos semanas de exhibición y tres cambios de horario, "Sobrevive" estaba a punto de ser eliminado por la cadena. Pero entonces, de la insulsez de uno de los concursantes, brotó la magia que atrajo a millones de telespectadores ante el fenómeno mediático de la temporada.

El señor Huertas era un inútil. Se creía Supermán y no pasaba de ser un impresentable pagado de sí mismo y con menos habilidades sociales que Alien tras un banquete. Era soso y aburrido, era torpe, era bruto… Era el arquetipo de descerebrado musculado que habían buscado para el programa. Aunque debía de chirriar hasta a sus compañeros porque incluso los más insufribles lo encontraban aborrecible y procuraban huir de su contacto. Hasta tal punto que el bueno de Huertas tuvo que abandonar, como castigo, el campamento base de sus compañeros y establecerse en una choza abandonada donde debía subsistir por sí mismo. El destierro no era mala cosa, en realidad, si uno era hábil para conducir la situación, pero Manuel Huertas, recién caído del guindo, no supo hacer otra cosa que aburrirse y pasar hambre. Si hubiera sido un poco más listo, habría

aprovechado su soledad para atraerse al público. La soledad, el esfuerzo individual, la lástima ante la desgracia ajena, podían haber decantado al público en su favor, al público que decidía quiénes eran los ganadores tanto como la propia supervivencia. Pero Huertas se solía dejar llevar y, no teniendo a quién copiar o unas directrices claras, se convirtió en un muermo de tal calibre que la cámara que lo seguía constantemente parecía un desperdicio y los productores sólo esperaban que el público lo echase de una vez o, peor aún, que las audiencias terminaran de hundirse y el programa concluyera definitivamente, aunque hubiera que indemnizar a los aguerridos concursantes con el dinero comprometido, por más que no se lo hubieran ganado realmente.

De Huertas lo más divertido para el público solían ser, por este orden, su cara de panoli soñador, sus torpes intentos de cazar alguna presa o llevarse un bocado de fruta a la boca y sus quejas constantes, aderezadas con ruidosos movimientos intestinales que acompañaban sus lamentos por la falta de comida.

Nadie se esperaba tanta diversión como llegó después por obra y gracia del torpón solitario. Tanta hambre tenía que, cuando vio pasar junto a él a aquel escarabajo de color azul brillante que se desplazaba lentamente debido a su excesivo peso, no se lo pensó demasiado –no tenía realmente la costumbre de pensar- y, con cara de asco acompañando un sonoro rugido estomacal, se abalanzó sobre la pequeña criatura y la sostuvo pataleante entre sus dedos temblorosos. El insecto trataba de escapar, incluso alzaba los élitros y movía las alas, pero la presa de Huertas era más firme que lo sugerido por sus temblores. El cámara enfocó la cabeza repugnante del animal, con sus ojos diminutos, sus antenas retorcidas y sus mandíbulas que se abrían y cerraban sin cesar. Luego se dirigió al humano, que observaba al bicho con cara de asco, entrecerrando los ojos y haciendo extraños pucheros, abriendo y cerrando la boca como si sopesara la palatabilidad del coleóptero. Finalmente, el hambre venció a la repugnancia y Manuel Huertas se ganó al público de una sola vez al morder el tórax del insecto y masticar rápida y ruidosamente la quitina. Un rastro de líquido verdoso le resbaló por la barbilla mientras tragaba, complacido por el inesperado regusto dulzón de la repulsiva

criatura. El cuerpo mutilado del insecto aún pataleaba entre sus dedos, rezumando el mismo líquido verde. Entonces Huertas se acercó la mano a la boca y, con los ojos cerrados por la impresión que aún lo embargaba, se metió lo que quedaba del escarabajo en la boca, abdomen y patas, y lo masticó ruidosa y compulsivamente. Al terminar, se relamió con lengua verdosa y pegajosa que terminó de revolver y fascinar a los escasos espectadores que seguían el programa en directo a esas horas por el canal digital. Aquella imagen de Huertas sonriente y satisfecho, que se frotaba la barriga y se relamía de placer, se convirtió en antológica. Junto con la escena anterior del insecto masticado, fue repetida hasta la saciedad en todos los programas de *zapping* y hasta en algún informativo internacional. Gracias a aquella porquería, "Sobrevive" consiguió al día siguiente un repunte considerable de audiencia.

Más curioso aún fue que lo que parecía ser flor de un día, tras la que vendrían la rutina y la caída en picado de las audiencias, se transformó en el inicio del rotundo éxito. Huertas, satisfecho de su proeza e incapaz de ejecutar otras artes cinegéticas o recolectoras, se dedicó en días sucesivos a buscar otros insectos y devorarlos ante las cámaras. Al principio lo intentó con diversos especímenes: escarabajos, mariposas, hormigas, orugas, gusanos, arañas. Pero, vistos los aspavientos con que solía acompañar la masticación, estaba claro que ninguna de sus nuevas pruebas tuvo éxito en cuanto al sabor, así que, en breve, se dedicó a buscar escarabajos grandotes y azules como aquél que había devorado con fruición. Encontró varios de ellos, incluso algunos gusanos gruesos y grasientos que resultaron ser sus larvas y tenían gusto exquisito, y los convirtió en la parte fundamental de su dieta durante varios días en los que las cámaras lo convirtieron en estrella del programa.

Incluso lo novedoso o repugnante como aquellas escenas insectívoras acapara las audiencias televisivas por un breve periodo de tiempo, de modo que al cabo de una semana los gestores de "Sobrevive" volvían a considerar la conclusión anticipada del concurso ahora que todavía podían apuntarse un éxito razonable y antes de que el seguimiento cayera de nuevo en picado. Sin embargo, fue entonces cuando apareció el bendito tocapelotas del entomólogo seguido por

toda la caterva de ecologistas que relanzaron el programa hasta convertirlo en poco menos que asunto de estado e interés general, con lo que aquello significaba en cuanto a contratos publicitarios, audiencias y éxito para la cadena de televisión.

El caso es que el señor Blasco, entomólogo de profesión, anunció que el escarabajo azul era un organismo único y desconocido, muy semejante al enorme *Heterodynastes coprofagus* descubierto por él mismo también en Sudamérica, al que se parecía en su tamaño, forma, color y dieta, pero lo bastante diferente como para constituir una nueva especie a la que él, provisionalmente, se atrevía a llamar *Heterodynastes huertani*, cuyo descubrimiento había que agradecer al concursante, pero también el riesgo de extinción a que, a su juicio, podía conducir el consumo indiscriminado de tan notable endemismo.

La prensa escrita fue la primera en hacerse eco de la noticia del descubrimiento: "Concurso televisivo pone en peligro supervivencia de especie silvestre". Y, con titulares de índole parecida, la noticia se extendió por los periódicos, noticiarios y programas de prensa amarilla y rosa. Con tal antecedente, no es extraño que la audiencia se disparase y las denuncias de asociaciones ecologistas menudeasen y dieran aún más brillo al programa.

Huertas, entretanto, ajeno a lo que sucedía, se estaba convirtiendo en experto cazador de escarabajos y en no menos experto cocinero, desarrollando una amplia variedad de formas de preparación, crudo, asado o cocido de diferentes modos y con diversos aliños.

Día tras día, él se preparaba su menú de escarabajos recién recolectados, ante el pasmo de los ecologistas y el asco de muchos televidentes. Huertas nada sabía, en principio, del problema ecológico al que el ecosistema selvático se veía abocado por su culpa. Ni mucho menos aún de los debates y agrias polémicas que había desatado su método para quitarse el hambre en mitad de la selva. Tan sólo era consciente de que cada vez le costaba más trabajo encontrar los dichosos escarabajos azules. No se fijaba mucho en que siempre estaban rodeados de detritus y cadáveres. Quizá sí que era consciente de ello en sus pesquisas, pero poco le importaba, al fin y al cabo, que el bicho se moviera entre la mierda si él podía permitirse un

bocado más o menos agradable. Cada vez tenía que alejarse más de su choza en busca de presas. Incluso volvió a hacer pruebas con otros insectos y hasta una rana que tuvo la mala fortuna de caer en sus manos. Tal vez si la hubiera asado, el bocado habría sido exquisito, pero en crudo, con piel y huesos, fue más bien nauseabunda. Y aún tuvo suerte de no atrapar una rana venenosa y zampársela ante las cámaras. Aquello habría supuesto un subidón definitivo en las audiencias pero, tras la muerte y el sepelio, el concurso habría concluido sin más, por lo que fue más provechosa para el negocio su supervivencia. Ni el escarabajo azul, ni algún ecologista de moda, habrían estado de acuerdo. Si Huertas hubiera palmado, se habría acabado la controversia de la extinción.

Como muchas voces autorizadas empezaban a cuestionar la moralidad de aquel concurso en el que, a sabiendas, se aprovechaban de la ignorancia de un palurdo como Huertas para acaparar audiencia y publicidad sin que el tipo supiera nada del daño que causaba a la biodiversidad del planeta, los productores decidieron aprovechar el día de contacto con la audiencia de Manuel Huertas para informarle un poco de la situación del mundo en general, de su familia en particular y, ante todo, del crimen ecológico que estaba perpetrando. El pobre hombre se sintió fatal y, ciertamente, tomó la sincera decisión de no capturar más *Heterodynastes* para no poner en peligro la especie. Pero su propósito de enmienda sólo se mantuvo el tiempo en que la panza le duró llena. El hambre es muy mala y otro tanto sucedió con los productores y realizadores del programa quienes, hipócritamente, le dieron la noticia de su crimen ecológico y le negaron la vuelta con sus compañeros de aventura o la entrega de provisiones o nuevos útiles con que conseguirlas. De modo que Huertas, con todo el dolor de su corazón y un monumental rugido intestinal, se lanzó sobre una nueva criaturita azul que se cruzó ante él con el único y comprensible objeto de saciar su apetito sin provocarse una indigestión o un envenenamiento, lo que estuvo a punto de ocurrir en las recientes aventuras cinegéticas con que trató de paliar el hambre atroz que lo devoraba.

El señor Blasco volvió a poner el grito en el cielo y varias organizaciones amenazaron seriamente con denunciar a la empresa por

proseguir con aquel genocidio escarabajil. Nadie era capaz de encontrar fuera de aquel mínimo reducto donde se desarrollaba el concurso nuevos ejemplares del famoso escarabajo azul, que parecía un raro endemismo descubierto, en un golpe de fortuna, por el desgraciado concursante. Si Huertas acababa con aquella población, ya claramente en declive, era más que probable que la nueva especie se extinguiera sin que ninguna mano experta la hubiera analizado y sin saber si en sus genes se encontraba la clave de una milagrosa curación para el cáncer o las almorranas –recurso habitual que esgrimen los naturalistas para tratar de hacer entender a los neófitos que no es cosa de broma la extinción de cualquier especie por la negligencia o mala fe de los hombres.

La empresa productora se lavó entonces las manos. Su servicio jurídico anunció –y bien que estaba premeditado el asunto- que, habiendo sido informado el concursante Manuel Huertas de las consecuencias de sus hasta entonces inconscientes actos, no era la compañía televisiva la responsable de los crímenes del entomófago, sino que todas las acciones legales que se tomaran debían dirigirse al autor del insecticidio. Entretanto, no tuvieron reparo en aumentar el tiempo de emisión del concurso, en dedicar interminables debates, más propios de programa de famoseo que de una discusión científica, acerca de la posible desaparición del escarabajo ni de emitir, vendiendo y revendiendo las imágenes correspondientes, una y otra vez las escenas más repugnantes de las artes culinarias y gastronómicas del concursante. Tampoco tuvieron reparo en dejar de emitir imágenes de los demás participantes del concurso que no llamaban la atención y cuyo campamento sólo era enfocado de vez en cuando para hacer notar que toda aquella historia se relacionaba con el puñetero concurso que no le interesaba a nadie, salvo a los participantes.

Hubo denuncias, hubo amenazas, pero los productores no se arredraron. El pobre Huertas a punto estuvo de fenecer puesto que los escarabajos escaseaban cada vez más y se veía obligado a ingerir todo tipo de piltrafas y pasaba mucha hambre. El pobre tipo era poco consciente del paso del tiempo, pero sus compañeros de concurso se preguntaban por qué ya no había expulsiones y el concurso se alargaba

sin más ni más. Al cabo, dos cuestiones provocaron el fin del concurso con la victoria, inapelable, del señor Huertas: la primera, una llamada del presidente del gobierno y el Ministerio de Medio Ambiente exigiendo el final de aquella masacre voluntaria. La segunda, el hecho de que, durante toda una semana, Huertas no había sido capaz de encontrar y capturar un solo ejemplar del escarabajo azul lo cual, además de hacer poner el grito en el cielo por parte de los ecologistas clamando que aquélla era una extinción provocada voluntariamente, empezaba a enfriar el interés del público. Cuando el presidente llamó, los productores cortaron por lo sano, deshicieron el campamento, recogieron a Huertas y le dieron el premio, no exento de cierta polémica entre los demás concursantes, parte del público y las asociaciones medioambientales, como ganador de la aventura. El premio era más bien un gesto de misericordia, pues estaba claro que las asociaciones y sus picapleitos le iban a sacar al pobre mentecato hasta los higadillos, después de la catástrofe ambiental.

Y bien que le hizo falta el dinero al pobre Huertas. Recibió denuncias de todo tipo de asociaciones de defensa de la naturaleza por caza ilegal de una especie protegida –aunque mal iba a estar protegido el bichito si no era conocido-. A posteriori, las comidas de la selva se le atragantaron y se convirtió en una suerte de criminal famoso. Entretanto, la productora se lavó las manos, aunque decidió no tentar de nuevo la suerte ni las esquivas audiencias. No se repitió el programa. Sí que envió a la zona un equipo de documentalistas que, con mucho cuidado, buscaron y rebuscaron ejemplares vivos de *Heterodynastes huertani*. Al principio, no tuvieron éxito, y su decepción fue debidamente transmitida a través de las ondas hertzianas. Pero luego, con más emoción que en el final de una telenovela, los esquivos escarabajos azules se hicieron presentes en forma de un par de nidos no explorados por el asesino Huertas. La cadena lo publicitó a bombo y platillo, tanto que al dichoso insecto lo acabó conociendo medio mundo, incluidos todos aquellos que nunca habían oído mencionar las palabras élitro o artejo. La cadena se presentó a sí misma como salvadora de la especie, preocupada por el medioambiente. Hasta el señor Blasco apareció en pantalla agradeciendo el esfuerzo de los productores y un tipo desconocido, un

tal Pelaes de rasgos aindiados, apareció orgulloso mostrando una tabla de madera con unos cuantos escarabajos azules pinchados a modo de muestra como prueba de su correcta catalogación en aras de la ciencia. Pocos se acordaban ya del pobre Huertas y sus problemas con la justicia. El bonito insecto se había salvado y el malvado entomófago que lo quiso extinguir iba a pagar sus crímenes.

Ya se sabe, en la tele, como en las películas, los programas de más éxito suelen ser los que tienen un final feliz tras una larga serie de vicisitudes de los protagonistas.

Juan Luis Monedero Rodrigo

Siento ser tan torpe y haber tardado en comprender el absurdo. La democracia es circo de demagogia en busca de público. Los políticos, actores famosos en este burdo teatro, son siniestros mensajeros del poder cuyo único objetivo es mantener el dinero en las manos que los nombran y dirigen, mientras los pobres ilusos que somos los demás podemos desesperarnos ante el cruel destino o aplaudir el espectáculo que los poderosos y sus marionetas nos brindan.

El temible burlón

CHORRADAS VARIAS

Soy plenamente consciente de que empiezo a parecerme a estos chismosos que vienen contando, en plan chivato, los fallos del compañero. Pero es que esta panda de pazguatos me tiene tan harto que no puedo resistirme a descubrir sus gilipolleces en público. Si fuera psicólogo, o un tarado semejante, diría que es una terapia para mí.

Tengo entendido que en esta ocasión la revista trata sobre "notas" y como de ésos yo conozco unos buenos ejemplos, de los que ya he hablado otras veces, voy a aprovechar para ponerlos a parir un ratito. Bueno, digo ponerlos a parir, pero, en realidad, sólo voy a contar lo que hacen, así que serán ellos los que, a través de mi narración, se pongan en vergüenza.

Empezaré por mi buen amigo Grogrenko. El tío se supera a sí mismo en cada nueva ocasión. Tiene tal afán de protagonismo que sólo es equiparable a su supina estupidez. Por favor, si alguien conoce a un tío más engreído e imbécil que éste, que me lo haga saber, porque merecería la pena conocerlo. No se puede ser más friqui.

La penúltima del tío ha sido su recetario. Como el pavo piensa que sabe de todo y encima tiene pasta y enchufes, se permite el lujazo de escribir uno de sus infumables tratados sobre un tema del que no tiene ni puta idea. Reconozco que el último libraco es menos coñazo que otros que he visto: más corto y menos denso. Pero igualmente estúpido y, si cabe, aún más ridículo.

A Grogrenko se le ocurrió escribir un recetario. Metido a chef y gourmet, colocó un prefacio de treinta páginas horribles sobre gastronomía, más bien sobre su insufrible filosofía de la gastronomía. Después venía el recetario con fotos. ¡Y es la bomba! El tío dice que se ha inventado todas las recetas, y es de creer. Lo único que hace es inventar un nombre que le parezca lo bastante rimbombante, luego dice los ingredientes, sin contar nada de la elaboración o el cocinado y añade una foto, pero no del invento, sino de sí mismo, en esa pose absurda de tío chulo que se hace el interesante, cosa imposible con su careto de ratón y su aire de alelado. Un ejemplo:

"Receta Nº: 239. Espuma de endibias al aroma de cilantro.

Ingredientes: endibias frescas, cilantro

Se toman las endibias y el cilantro, se ponen en la cazuela y se guisan.

Servir en una fuente ovalada y plana"

Y ahí termina. Ni habla de cantidades, ni de preparación, ni del agua o la sal, ni, por supuesto, comenta en modo alguno cómo debe hacerse el guiso, si se cortan, pelan, tronchan, se cuecen, rehogan, fríen, asan o van crudas ni, claro está, de qué modo puede conseguirse la dichosa espuma. Para remate, eso sí, coloca una foto de retrato de su odiosa persona: se ve su cara de acelga, su bigotito, sus lentes, su calva y el morro fruncido adecuadamente para darle un aspecto de completa estupidez. Y es sólo una muestra, porque hay diez mil recetas semejantes en un volumen de dimensiones monstruosas y precio desorbitado que, me permito suponer, sólo han adquirido él y los

amigotes deficientes que le han ayudado a sufragar la edición en piel, con papel satinado y fotos en color de su cabezón.

No es necesario decir más, ¿verdad? Hasta sería gracioso si no fuera patético.

La otra es aún mejor, y se basa, cómo no, en otra de las brillantes ideas del sujeto anterior. Se trata de que la emisora de televisión local de la Hermandad Católica de doña Nicolasa se ha puesto a retransmitir partidos de televisión.

Las muy ingenuas fueron a quejarse ante su mentor Grogrenko de que las cuentas iban mal. Su emisora de apostolado apenas si tenía audiencia y menos aún ingresos y al prócer no se le ocurrió otra cosa que sentar cátedra acerca de las audiencias, señalando –no sé cómo se le ocurrió- que debían poner deportes y programas del corazón. La idea era buena, aunque no factible, pero al tío aún se le ocurrió rematar la faena: debían aprovechar y poner fútbol y programas de cotilleos a la vez. "¿Cómo?", preguntaron las cándidas abuelitas. Y Grogrenko les explicó su genial idea de transmitir el partido y, en vez de comentar las jugadas, hablar de la vida privada de los futbolistas que, como todo el mundo sabe, siempre están casados o liados –él mencionó términos como "contubernio pecaminoso"- con modelos y ello daba pie a contar intimidades y describir las últimas tendencias de la alta costura y el prêt-à-porter.

A las buenas mujeres la idea les pareció excepcional. Y no se arredraron ante el mínimo problema de no poseer derechos de retransmisión de ningún partido. Podían haber comentado la liga parroquial, pero los chavalines no daban mucho "juego" en el sentido en que ellas lo pretendían ni aseguraban, a su juicio, las audiencias buscadas. Así que, como si tal cosa, se pusieron a transmitir el Madrid-Sevilla sin pedirle permiso a nadie, reemitiendo las imágenes originales y superponiéndoles las voces de las maravillosas locutoras: doña Euforia y tres amigas tan enteradas como ella. Como no identificaban a los jugadores ni se enteraban de nada, se limitaron a charlar entre ellas contando chismes de los disitntos jugadores -tenían una lista con sus nombres y sus "líos"- y hablando de moda, decoración y cotilleos varios del corazón. Aquello fue infumable y no creo que lo viera mucha gente –mis padres sí, y un seguro servidor que

sabía muy bien lo que esperaba encontrarse-. Claro está que las audiencias no subieron. Y suerte tuvieron de que nadie las denunciara. Así que ésa fue su primera y única emisión.

Ahora que lo pienso, la idea es lo bastante estrafalaria como para que, bien hecha, tuviera éxito. Sólo a un gilipollas como a Grogrenko se le podía haber ocurrido un apaño de tal calibre. Pero la gente está tan mal que no me extrañaría que, con unos comentaristas adecuados, pudieran plantarse familias enteras a ver los partidos en la tele, en unión y armonía, con los futboleros siguiendo las jugadas mientras los no deportistas contemplan el verde atentos a los jugosos comentarios acerca de los líos de faldas de fulano, la campaña de publicidad de mengano o los nuevos asuntos de zutana, la pareja de perenganito.

En fin, confío en que nadie se tome en serio tamaño dislate. No confío en absoluto en que esta panda de descerebrados deje de desarrollar nuevos "inventos" que ya me ocuparé yo de airear, como paparazzi casposo, cuando se me presente la ocasión y me salga de los huevos.

Hala, que lo pasen bien.

Sergi Lipodias

DE CASPA Y PELUQUEROS

Una cosa es lo que se lleva y otra lo que está bien. En estos tiempos se tiende a pensar que está bien aquello que da dinero. Volvemos, ¡quién lo iba a decir!, al fin que justifica los medios. Nos olvidamos de la moralidad y banalizamos la existencia de las personas.

Debe de ser cierto que el ser humano tiende a ser cotilla, confundiendo curiosidad o deseo de conocer con meterse a indagar en la vida ajena. Todos conocemos a la vecina –siento el matiz sexista, pero suele ser de género femenino- que vive a nuestro lado o habita en la planta baja de nuestro bloque de apartamentos y siempre se asoma al menor ruido, como si estuviera pendiente del tráfico en la escalera. Uno diría que posee sofisticados métodos de escucha, casi de espía, para saber cuándo pasa alguien frente a su puerta, salir a toda prisa –da igual que sea en bata y/o pantuflas- y asaltarnos con preguntas o meramente contemplarnos con gesto analítico. Vale que nos causa

morbo y placer saber de los demás, sobre todo aquello más íntimo y privado. Pero eso no quiere decir que esté bien. Al contrario, y bien nos damos cuenta cuando somos nosotros los observados y no los mirones, los especímenes objeto de estudio de la vecina cotilla y meticona.

Por ello mismo, no tiene sentido justificar que la audiencia es lo que determina las programaciones televisivas o las ventas la prensa escrita. Quien hace algo, sea lo que sea, ha de ser responsable de sus actos, de su moralidad y sus consecuencias. Y, si la caspa resulta agradable para mucha gente, ¿no será porque la hemos ayudado a valorarla? Puede haber una tendencia, pero existe algo bastante denostado llamado educación que nos debería indicar qué está bien y qué está mal y lo que significa cada cosa, para decidir lo válido y lo que no lo es. Que somos unos cotillas, pues aprendamos a dejar de serlo. Si el público demanda caspa y famoseo, enseñémosle a ver otros programas y leer otra prensa. Es difícil, lo sé, porque resulta complejo cambiar hábitos y pedir implicación en vez de comodidad.

La gente no se plantea si un programa es o no correcto. Le da igual que le exhiban cantantes de diseño, aventureros de andar por casa o famosillos peleándose. Busca distracción con que enmascarar sus propios problemas. Pero antes también buscaba lo mismo y no por ello menudeaban la desinformación y el amarillismo. Claro está que es barato y sencillo dar al vulgo este tipo de circo –o su taurino equivalente, más allá de los romanos, acompañado de pan-, pero eso no debería ser permisible ni, mucho menos, deseable.

Que la caspa y los casposos existen, no lo dudo. Pero si nuestro peluquero, en quien confiamos, nos hace ver y creer que la caspa es hermosa y deseable o, simplemente, inevitable, lo más probable es que nosotros aceptemos sin más su criterio y no nos molestemos en contradecirlo. La caspa, al margen de antiestética, es cómoda de llevar así que, si encima nos dicen que es bonita, miel sobre hojuelas. Algo así, si sirve el símil cogido "por los pelos", creo que ocurre con esta invasión de indecencia informativa. Nos dicen que es normal, bonita y agradable, que si es divertido o morboso, vale, y nosotros nos lo creemos. El peluquero se supone que cuida nuestro pelo, pero estos peluqueros de la información nos intoxican con sus

bodrios y encima nos dicen que lo hacen por nosotros. Me gustaría creer que seremos capaces de escapar de esta indolencia y limpiaremos nuestras cabezas de caspa informativa –del famoseo y también de temas más trascendentes- pero supongo que eso es de ser iluso. También sé que, aun sin caspa, la intoxicación es posible. No en vano, los piojos incluso prefieren las cabezas limpias antes que las sucias. Así que, si nos librásemos de la moda morbosa y trivializante que nos rodea, seríamos atacados por otro tipo de parásitos, iguales, semejantes o distintos. Pero de esos habrá que ocuparse cuando lleguen y si llegan. De momento, me conformaría con que dejasen de tomarme por gilipollas y no me bombardeasen más con la idea de que todo vale.

Juan Luis Monedero Rodrigo

CARTAS AL DIRECTOR
(desaparecido o muerto en combate)

MISAS COMO DIOS MANDA

Voy a ser breve porque la ocasión lo merece y un tema tan trascendente no debe ser demasiado comentado ni tomado a chufla. El asunto es claro: tenemos una importante falta de vocaciones que, me temo, ya no tiene solución, más allá del Juicio Final y la condenación de las multitudes de desalmados.

Nuestras diócesis tratan de remediarlo importando indios, negritos o chinitos de buena voluntad que abrazan la fe y cantan misa con su mejor intención. Pero, claro, las pobres criaturas no están realmente capacitadas para tan altos menesteres. Son buenos, pero son como niños, jamás a la altura de un sacerdote español o, siquiera, europeo. Y encima no saben bien el idioma. Para remate, los pocos españoles que nos quedan, si son talentosos, pasan a formar parte de la curia, en cargos de responsabilidad, y sólo los más torpes nos llegan a las parroquias.

¡Demasiado hacen todos estos pobres intentando dar misa con su falta de talento, congénita o racial, y la sola ayuda de la Divina Providencia! Y no les culpo a ellos de la pérdida de feligreses ni

tampoco del nivel nefasto de los sermones y prédicas. Tampoco a nuestro Papa, sus cardenales y nuestros queridos obispos. Trabajan con el escaso e inepto material de que disponen y estos tiempos de descreimiento, relativismo y criticismo no dan para más. Pero lamento profundamente que en las misas una no pueda solazarse en la voz y las palabras del sacerdote, que los cánticos sean mal entonados y las frases adquieran tintes exóticos y acentos bárbaros. Que una vaya a comulgar y el acto en sí no sea tan hermoso como un ballet bien coordinado, dando a lo sagrado la conveniente ejecución que lo vuelve aún más excelso.

Y es por ello por lo que, como fidelísima creyente y preocupada feligresa, me permito proponer a nuestros santos prelados, desde esta tribuna pública, a través también de nuestra hoja parroquial, en la revista de nuestra asociación y por carta personal al arzobispado, que se plantee muy seriamente corregir las ceremonias. Ya que la falta de preparación y prestancia de nuestros curas actuales no lo permite de otro modo, hagamos más dignos los sermones preparando las misas en play-back, que estén grabadas por los mejores oradores y predicadores, que las canciones sean entonadas por voces tan pías como poderosas, para que así las misas queden mucho más lucidas y presentables. Nuestros curillas torpes y voluntariosos sólo tendrían que preocuparse por salir adecentados ante el altar, por saberse el orden de las ceremonias y por tener aprendidas las técnicas de abrir y cerrar la boca en el momento oportuno, acompañando la voz con ademanes al uso. Hasta el más torpe de ellos podría dar misas espléndidas, llenas de encanto y buen sentido. Si todos esos cantantes de tres al cuarto y muchos actores pésimos actúan en play-back, sin que apenas se noten sus carencias en directo, pongamos sermones grabados y disfrutemos de misas como Dios manda pese al devenir de estos tiempos infames que nos aproximan al Apocalipsis. No podemos permitir que la degradación de los tiempos convierta nuestros ritos sagrados en una práctica imperfecta y desagradable. El Cristianismo militante bien merece lo mejor, aunque sea enlatado y emitido desde la Santa Sede a todas las parroquias. Con ello, además, se evitaría ese riesgo tan serio y creciente de desvirtuar los principios de nuestra fe por torpeza o malas

interpretaciones personales. El play-back salvaría el acto en sí, pero también la ortodoxia de los contenidos.

Sé que el orgullo es un pecado, pero creo, sinceramente, que debo sentirme satisfecha por haber alumbrado esta idea y por poder ayudar con ella a nuestra Santa Madre Iglesia en sus momentos de más necesidad.

Nicolasa de la Olla y Redondo de Ternera
(viuda de De Lego y cristiana devota)

EPÍLOGO

Nos gustaría poder empezar este epílogo a modo de epitafio recordatorio de una solemne desaparición: el famoseo ha dejado de carcomer las mentes, el famoseo ha muerto. Pero no será así.

Contemplamos día a día como se aborrega al personal ante un televisor con noticias casi intrascendentes –sólo tendrían importancia para quien padece el "suceso"- o vemos que las ventas de prensa escrita son máximas para los deportes y el corazón. En vez de adoctrinar, parece que se "desadoctrina", aunque no es del todo cierto. Se pueden transmitir valores, o su falta, a través de lo intrascendente y, de paso, fabricar, voluntariamente o no, multitudes de descerebrados –que se dejan hacer sin molestarse en pensar-. Siguen menudeando los programas que anuncian éxitos instantáneos, las impúdicas exhibiciones de sentimientos, muchas veces falsos o exagerados. La anormalidad es vendida como norma. La subnormalidad también. El deseo de notoriedad, el mérito como algo innecesario, el esfuerzo como absurdo. Y así vemos que nuestros niños sólo quieren ser "grandes hermanos" o "triunfitos". Mi reino por salir cinco minutos en la tele, aunque sea para hacer el ridículo.

Queremos pensar que las cosas cambian. Que los *reality shows* tienen menos éxito, que los programas de cotilleo empiezan a ir de capa caída, que las nuevas variantes y las últimas ediciones de programas alienantes tienen cada vez menos adeptos. Lo deseamos pero, posiblemente, sea tan sólo vana ilusión. Ya se encargarán los cerebros que dirigen el mundo de encontrar nuevas fórmulas para mantener a sus súbditos debidamente atocinados en sus falsos paraísos audiovisuales.

EL PUNTO Y FINAL

Hemos terminado el número 22 de nuestro panfleto, tan adoctrinador y manipulativo, a su modo, como esa televisión tan nutritiva que nos anunciaba el Aviador Dro. Ocurre tan sólo que el éxito doctrinal de nuestra revista sólo sería completo si, en vez de aborregaros, os pusierais a pensar y leyerais críticamente cada artículo que lo merezca y con espíritu menos combativo los relatos con los que intentamos entreteneros. Azuzar conciencias no es lo mismo que dormirlas. Y seguimos necesitando de las vuestras para sentirnos vivos y hacernos la ilusión de que en estas páginas existe un flujo de ideas, un diálogo de cerebros en movimiento. Como deseamos que sea bidireccional, seguimos necesitando de vuestras voces para crecer.

Por el momento, agradecemos su colaboración a nuestros habituales y a aquéllos que no lo son pero podrían llegar a serlo. Gracias a José Palomo por su portada ("vanidad de vanidades"), a Mousaka-Rica, Petrita, P.A.M.213, Una amiga de Virginia, Wallace, El temible burlón, por sus inestimables colaboraciones y a todo aquel que lea estas páginas por su atención.

Para los demás, dos peticiones. Los que no conocíais antes nuestra revista, ojalá que os convirtáis en asiduos de nuestras páginas. Los que tenéis voz, hacedla oír, de nuevo o por primera vez, y enviad vuestras colaboraciones a:

e-mail: despertardelosmuertos@yahoo.es

También podéis bajaros las revistas que no tengáis de nuestra página web:

www.eldespertardelosmuertos.es

O de nuestra página en bubok:

http://eldespertar.bubok.es

Volveremos y seguiremos azuzando, cual moscas cojoneras, mentes y conciencias. O, tan sólo y sería más que suficiente, esperamos que os divirtáis con nuestras sandeces.